



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

P

El helenismo en la literatura latina

Autor:

Ibarra, Juan Francisco

Tutor:

1901

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía y Letras.

Posgrado



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA



- DOCTORADO -
Tesis 1-6-14

TESS-6-14



EL HELENISMO

EN LA

LITERATURA LATINA

POR

JUAN FRANCISCO IBARRA

TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Estudios

BUENOS AIRES

COMPAÑÍA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO

Calles Chile 263 y San Martín 155

1901

A mi sobresaliente condiscípulo el Doctor
D. Eugenio Marín,

recuerdo afectuoso

de

Juan
Francisco Barra

Buenos Aires, Nov. 5 de 1901

EL HELENISMO



EN LA

LITERATURA LATINA

POR

JUAN FRANCISCO IBARRA

TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
BIBLIOTECA

BUENOS AIRES

COMPAÑÍA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO

Calles Chile 263 y San Martín 155

1901

TESIS 1-6-14
INV. 193198

A MI MADRE



PREFACIO

El presente estudio, que en carácter de tesis de doctorado entrego á la benevolencia de mis maestros de la Universidad de Buenos Aires, es sólo el resumen de una obra de más vastas proporciones, desde hace año y medio en preparación. Circunstancias puramente personales me obligan, no sin tristeza, á dejar para mejor ocasión la terminación de ese trabajo, destinado á cumplir, más dignamente que este breve opúsculo, con la alta prescripción universitaria.

Pienso, empero, que este bosquejo puede haber ganado en condensación lo que ha perdido en amplitud de miras y erudición de detalle. Sea ello acaso su único mérito. Obras de la importancia y magnitud del tema estudiado, sólo pueden ser llevadas á término feliz por un literato formado, en plena madurez de saber y de criterio. Fruto éste, por el contrario, de un estudiante recién salido de las aulas, sólo aspira á que se reconozca en él la sinceridad de un esfuerzo, y la humilde promesa de una obra futura.

J. F. I.

Buenos Aires, Octubre de 1901.

EL HELENISMO EN LA LITERATURA LATINA

CAPÍTULO I

DIFUSIÓN DEL HELENISMO EN LA ANTIGÜEDAD

La difusión de la cultura helénica en la edad antigua es, á no dudarlo, uno de los más grandes y trascendentales movimientos históricos de la vida de la humanidad. La raza griega nació destinada á ser la fundadora y la maestra eterna de la civilización. Dotada de asombrosa diversidad de aptitudes, de actividad vivaz y optimista, de espíritu fino, delicado, ingenioso, de vivo amor á la ciencia y verdadero culto por la belleza, la expansión de su cultura completa y variadísima adquiría los caracteres de una necesidad histórica, si es que el hombre como el Universo entero obedece á una ley de evolución progresiva.

Y, en efecto, desde muy antiguo (doce siglos antes de nuestra era), los Griegos, estrechos ya en su pequeño

país, é impulsados por su espíritu inquieto y ligero, las discordias civiles y el movimiento de pueblos que siguió á la invasión de los Dorios, se lanzan á una activa emigración colonial que lleva á las innumerables islas del Jónico y del Egeo, al Asia Menor, al Ponto Euxino, á la Cirenaica, á Sicilia, al extremo meridional de Italia y á una estrecha zona del litoral de la Galia y de Iberia, el idioma, el arte, la industria, toda la cultura luminosa de la madre patria.

La expansión helénica se dirige, pues, especialmente hacia el Oriente. En el siglo IV, antes de J. C., Alejandro Magno la lleva en marcha triunfal hasta las orillas del Indo. Inmensas regiones se conquistan así á la civilización griega, que durante siglos florece y echa en ellas inarrancables raíces. El Oriente dejó de ser asiático para ser puramente helénico. La Persia, el interior del Asia Menor, la misma Siria, olvidando sus lenguas nacionales, hablaron el idioma de sus vencedores; y la tierra de los Faraones vió levantarse los muros del Museo y escuchó los idilios de Teócrito.

Pero la difusión del Helenismo necesitaba á más extenderse al Occidente, que era el verdadero rumbo de la civilización. Grecia lo tentó, pero Cartago en el Africa, los Etruscos y Roma en Italia, explican el fracaso. Más aún: la conquista á la vida civilizada de los pueblos bárbaros de Occidente exigía una fuerza orga-

nizada y unificadora de que los Helenos nunca dispusieron como cualidad propia y colectiva. El espíritu griego poseía mil perfecciones, pero había en él, por decirlo así, una limitación. Hijo de una región en que sin nada de la imponente grandeza de los países orientales, montañas, ríos, mares, todo es reducido, proporcionado, sensible, en que el relieve geográfico divide al país en una multitud de pequeños valles separados entre sí, cada uno de ellos comparable, como se ha dicho, á un puñado de tierra en el hueco de una roca (1), el Griego se habituó desde un principio á las imágenes claras y bien determinadas, á un horizonte estrecho que abarca con precisión, pero fuera del cual nada percibe ni comprende. No concibe ni lo universal, ni lo infinito; su arte es el arte de la forma; sus dioses no pasan de la figura y de los atributos humanos; y su estado se reduce á la ciudad. Por eso los Griegos nunca llegaron á formar una sola entidad política y es en ellos innato el instinto de la división. Su colonización ofrece el mismo carácter: colonias y metrópolis son libres entre sí y no mantienen otras relaciones mutuas que el recuerdo de su origen común. Grecia, en suma, nunca poseyó otra unidad que la de raza é intelecto, y no era, por lo tanto, y menos en la

(1) Nageotte, *Littérature Grecque*, Intr., pág. 5.

época de su decadencia, el pueblo destinado á vencer y gobernar el mundo. El ejemplo de Alejandro, á pesar de todo su prestigio, no nos contradice: el gran macedonio es un simple conquistador, y una excepción individual, su colosal y efímero imperio, disipado á su muerte como un bello sueño de gloria.

A otro pueblo le correspondía la misión de difundir la civilización griega por Occidente. Varias tribus latinas y sabinas se habían reunido en el centro occidental de Italia y, á las orillas del Tíber, fundaban en el siglo VIII antes de J. C. una ciudad—Roma: un punto ahora, un mundo después. Este pueblo nació con el instinto de la organización disciplinada y la conquista dominadora. Comenzó por imponer la unidad á sí misma, después al Lacio, más tarde á la Italia, finalmente á todo el mundo antiguo. En sus prodigiosas conquistas, pronto las colonias griegas, la Grecia peninsular, el Oriente helenizado caían en su poder. ¿Qué sucedió entonces? Lo que de acuerdo con una ley histórica ineludible era de presumir: el conquistador bárbaro é ignorante adoptó la civilización del vencido. Lo dijo Horacio en un verso siempre repetido y siempre oportuno (1):

«Græcia capta ferum victorem cepit...»

(1) Ep. II, 1, 156.

A esta doble derrota debe la civilización todos sus triunfos: Roma se asimila la cultura griega y se encarga, con su universal dominación, de extenderla por el mundo entero.

Esta asimilación, como veremos, es el producto de una larga evolución; pero ella adquiere impulso rápido y decisivo á partir próximamente de la mitad del siglo III antes de nuestra era. Una verdadera oleada de ideas nuevas baja entonces de Grecia á fecundar los campos del Lacio, estériles aún en esas plantas de flores delicadas que se llaman arte, literatura, poesía. La influencia helénica invade todas las esferas de la actividad romana y comienza á operar una transformación radical en la religión, en las costumbres, en la lengua, en las instituciones políticas.

En su aspecto puramente literario—tal es el objeto de este opúsculo—esta influencia es avasalladora é inmensa. El genio latino es, en efecto, una prolongación original del genio griego; no habría literatura romana sin literatura helénica, ni un Virgilio sin un Homero, un Horacio sin un Píndaro, un Plauto sin un Menandro. No hay un nombre, una obra, en el Lacio, que no tenga en la Hélada su equivalente ó su modelo. Los Romanos hablan con facilidad familiar la lengua de Grecia, se honran llamándose sus discípulos, frecuentan sus escuelas, adoran sus dioses y veneran sus tra-

diciones. Ambas literaturas son así, en cierto modo, lo que una luz y su reflejo, un sonido y su eco, una figura y su sombra.

Una obra seria, aún no escrita, sobre este grande y multiforme movimiento literario, llenaría volúmenes y exigiría años de sabia labor. En este rápido ensayo sólo nos proponemos estudiarlo en una forma muy general y puramente expositiva, remontándonos á sus causas y orígenes, trazando su desarrollo histórico y explicando, en sintética conclusión, cuáles fueron su carácter, sus resultados y sus consecuencias.

CAPÍTULO II

NECESIDAD HISTÓRICA DEL HELENISMO EN ROMA

El pueblo griego había nacido para comprender, amar y dar vida á la belleza. Sus propias facultades étnicas, sus condiciones de vida histórica, la región que habitaba, todo se aunaba para hacer de él el pueblo artista por excelencia. Verdadero representante de la raza aria, desarrolla de un modo original y brillante las cualidades pensantes é imaginativas que han puesto hasta el día en manos de esa raza inmortal todo el destino de la humanidad. Marcadamente individualista, nunca en él el individuo fué un simple instrumento del Estado, nunca bajo el ciudadano se dejó de ver al hombre, consciente de su valor personal, celoso de su libre actividad, amante de la gloria, una de sus más vivas pasiones. Formado en la región que ostenta la variedad mayor conocida en nuestro planeta,

en medio de una profusión de montañas, valles, ríos, golfos, mares, islas, costas, producciones, todo semejante, pero nada idéntico; bajo un clima siempre benigno, que no conoce ni los extremos de frío ni de calor; sobre un suelo ni pobre ni rico, una naturaleza ni pródiga ni avara, y en la presencia universal de un mar maravillosamente abierto á las comunicaciones;— el pueblo griego no podía hallarse en condiciones más favorables á la creación de la civilización más completa y á un amplio desarrollo de inteligencia. Dotado, en fin, de una admirable organización para percibir con delicadeza toda impresión que llegase á su espíritu, ¡cómo no debía sertirse atraído hacia la adoración y el culto de la hermosura, ante los bellísimos espectáculos en que podía deleitarse con sólo mirar á su alrededor! En primer lugar, el tipo físico distintivo de su raza, verdadero ideal de la belleza plástica, que animó el cincel de sus Praxiteles y sus Fidias y resplandece aún á nuestros ojos en el busto sereno y armónico de la Venus de Milo. Y en seguida la naturaleza entera (1) —hoy tan cruelmente arrasada y empobrecida— que en medio de las sensuales caricias de un eterno estío,

(1) Léanse al respecto las inolvidables páginas de Taine en la *Philosophie de l'Art en Grèce*, I, 4.

le envolvía en una atmósfera de colores, de sonidos, de perfumes.

No es extraño, pues, que el Griego sintiese, con palpitante entusiasmo, el amor á lo bello. «La belleza, decía Isócrates, es lo más augusto, lo más honroso, lo más divino del mundo» (1): Estesícoro, que había hablado mal de Helena, quedó por eso ciego, castigado por los dioses. Los habitantes de Egesta, en Sicilia, tributan honores divinos á Felipe de Crotona, «á causa de su belleza», según nos dice Herodoto (2). En Aega, de la Acaya, se nombra sacerdote de Zeus al joven más bello (3). Príamo, que á rescatar el cadáver de su hijo se presenta ante Aquiles, no puede menos, á pesar de su dolor, de admirar la belleza, «comparable á la de los Inmortales», del héroe griego (4). «Los poemas de Homero son los libros sagrados de la Grecia... Orfeo, ejerciendo el poder del arte hasta sobre los brutos y los seres inanimados, es el símbolo de su genio» (5). Para los Griegos no hay diferencia entre la virtud y la hermosura, entre lo bueno y lo bello: καλὸς καγαλλὸς. Y aman la belleza por sí misma, sin ningún pensamiento

(1) *Panegirico de Helena*.

(2) V. 47.

(3) Pausan. VII, 24.

(4) Hom., *Iliada*, XXIV.

(5) Laurent, *Etudes sur l'Histoire de l'Humanité*, t. II, Infr.

de aplicación ó utilidad; son los primeros cultivadores de «el arte por el arte»; y nunca fué base para su juicio esta máxima torpe que en su espíritu los Romanos crearon y hemos heredado en parte los pueblos modernos: «¿para qué sirve?». Para ellos, por el contrario, todo lo bello, con su fin en sí mismo, tenía algo de divino: la vida exterior, que «les llegaba llena de imágenes, salía de ellos y volvía á las cosas llena de dioses» (1). Tal era su religión: la deificación de la naturaleza—*regrettez-vous le temps...*—que fueron los primeros en sentir, llenando el mundo de mil bellas fantasías. Tal era la belleza para los Griegos: suprema verdad, supremo amor, suprema aspiración.

Una conclusión inmediata se desprende de lo anterior: Grecia podía crear espontáneamente un gran arte y una gran literatura. Y así fué en efecto: desde los tiempos más primitivos ella dió vida y forma á las obras más sublimes que ha concebido el genio humano; y, producto natural del alma colectiva del pueblo más artista que se conoce en la historia, la literatura helénica, ajena á modelos artísticos hoy universales, que ella sola ha creado é impuesto al mundo, debió necesariamente ser original, regular, nacional y perfecta. La aptitud estética y el arte producto de esta

(1) Croiset, *Histoire de la Littérature Grecque*, t. I, Introd. I.

aptitud se implicaban mutuamente en Grecia, y uno debía fatal y espontáneamente surgir de la otra, como de un terreno fértil y cultivado, una floración primaveral.

¿Debía suceder lo mismo en Roma? Aquí, por el contrario, todo parecía conspirar á un resultado absolutamente opuesto. La naturaleza del Lacio hablaba ya poco á la imaginación: suelo pobre, infecundo, ingrato, sólo un trabajo sin tregua logra arrancarle débil sustento; llanura volcánica, baja y ondulada, sin declive hacia las rígidas costas de un mar desolado, ya favoreciendo las temibles inundaciones del Tíber, ya la formación de pantanos con su cortejo de pes-tes asoladoras que explican la antigua adoración de Febris y Méfitis, no era esa, por cierto, la Italia con que soñara la Mignon de Goethe y la música de Thomas. Es que el pueblo que había elegido esa región, cerrada á toda expansión de un espíritu delicado, no pedía colores para la fantasía, armonías para su oído, inspiraciones para su alma, sino un simple interés comercial y político, y una posición dominante para vigilar al mundo que había de conquistar (1). Allí, á semejanza de su medio, se formó esa raza cuyas cualida-

(1) V. Tito Liv., V. 54.

des de sobriedad y fortaleza, de austeridad y disciplina, de constancia invencible y patriotismo sublime, pusieron con justicia en sus manos el destino de la humanidad. Estas cualidades, empero, excluían otras. Al desaparecer toda individualidad en el estado romano, éste adquiría una fuerza gigantesca que le permitía cumplir con su misión histórica; pero al propio tiempo se ahogaba toda original iniciativa, y el arte, fruto sólo de personalidades conscientes y desenvueltas, era sofocado en sus propios gérmenes. Por fin, eminentemente práctico y utilitario, el pueblo romano, como lo demuestra su primera constitución política, su religión y toda su historia, era radicalmente inapto para llegar al concepto más elemental de la belleza.

Roma, pues, tenía cualidades para ser un pueblo de grandes ciudadanos, pero no un pueblo de artistas. Mientras conservó intacto su carácter original, ninguna raza fué como ella tan incapaz para cultivar el arte desinteresado y la especulación pura de la ciencia (1). Nada admitido sin atención á un fin de utilidad

(1) Aun después del Helenismo y en pleno florecimiento intelectual, no perdió Roma del todo este carácter propio é indestructible que la hacía mirar con visible menosprecio toda clase de estudios de índole exclusivamente artística. Sin hablar del viejo Catón que, refiriéndose á los tiempos primitivos

inmediata, la última le parecía un indigno juego de palabras y aquél, un pasatiempo frívolo y despreciable. «Las únicas artes que el Romano estima, dice Emile Jullien, son la agricultura, la jurisprudencia y la guerra: por el arado hace fructificar su dominio, por el derecho le protege contra el enemigo de adentro, por las armas lo defiende contra el de fuera (1)». Pueblo petrificado en su egoísmo práctico, no posee uno solo de los caracteres que distinguen á las naciones poéticas, como los Helenos de los tiempos heroicos, la Alemania de los Niebelungen, la Francia de Carlomagno, la España del Romancero. Pedirle, como á Grecia, una cultura estética espontánea, importaría propiamente un contrasentido; su verdadero arte está

de Roma, exclamaba, como si se tratara de un ferviente elogio, *poeticae artis honos non erat* (Aul. Gell., XI, 2), basta recordar á Cicerón que, con ser uno de los romanos mejor dotados para el cultivo de la belleza, llamaba á todas las disciplinas intelectuales que no fueran Derecho, Elocuencia, Moral, Política, *artes leviores* (*Brut.* I, 3), *mediocres* (*De Orat.*, I, 2) *studia leviora* (*De Orat.*, I, 49; *Cat.*, XIV 50), *minora* (*Brut.*, XVIII, 70). El mismo Virgilio no concede á los Romanos, y esto con más orgullo que humillación, otras artes que la dominación y el gobierno del mundo: *Hae tibi erunt artes...* (*En.*, VI, 848-854).

(1) *Les Professeurs de Littérature dans l'ancienne Rome*, cap. I,

en su historia, en las fórmulas de sus leyes, en la epopeya de su dominación.

Una confirmación elocuente de cuanto acabamos de decir, nos ofrece el recuerdo de lo que fué la producción intelectual durante los primeros cinco siglos de la historia romana. Roma entonces nace, crece y se desarrolla bajo el imperio exclusivo de sus propias instituciones: ninguna influencia extraña, ninguna educación exótica viene aun á desviar ó á velar á nuestros ojos la índole nativa de su genio (1). Y, en efecto, si la vida política es activísima (la lucha secular de patricios y plebeyos y la conquista de Italia señalando grandes etapas en la historia del pueblo rey), el contraste que ella presenta con la vida intelectual no puede ser más perfecto. La historia literaria es artísticamente nula. Los vetustos y rudos documentos que de estos tiempos remotos se conservan, interesan, más que al arte, á la arqueología. Plegarias informes y egoístas, acompañadas de ceremo-

(1) No faltan ya, ciertamente, como veremos en el capítulo siguiente, estímulos exteriores; pero estamos muy lejos aún de la adopción formal y completa de una civilización nueva. Se trata todavía de una cultura puramente romana, sin que la haya transformado aún en greco-romana la influencia posterior del Helenismo.

nias grotescas, como los himnos religiosos de los hermanos Arvales y Salios; secas laudatorias en honor de los antepasados, como las canciones convivales, cantadas por niños en los banquetes solemnes, y las nenias que acompañaban con sombrío y salvaje horror el cortejo fúnebre de las familias patricias; inscripciones triunfales ó tumulares, consistentes en áridos catálogos de hechos ó fríos epitafios; canciones satíricas y diálogos campestres, como los «carmina triumphalia», los fesceninos, las sáturas, los mimos, las atelanas, primitivos y obscenos esbozos de poesía dramática; textos de leyes, entre las cuales las de las XII Tablas, verdadero monumento jurídico, pero en manera alguna literario; infinidad de memorias, registros ó actas, de carácter ya religioso, ya civil, que muestran al pueblo romano extremadamente celoso y altivo de su pasado, pero en las cuales sería inútil buscar ni un rastro fugitivo del difícil arte de la historia;—he aquí á lo que se reduce la literatura romana antes del Helenismo. En ella, el análisis más paciente y desinteresado no encuentra la menor preocupación de estilo, la más tímida aspiración artística; en ella, el entusiasmo no ha puesto un soplo de vida, la fantasía un matiz, el sentimiento una lágrima. El nombre de «poeta» es aún desconocido; «carmen» se llama tanto á un fragmento de ley como á una canción en

verso; éste se reduce al «hórrido» saturnio» (1), línea apenas medida, cadencia rudimentaria sin proporción ni armonía. La lengua misma, escabrosa, incoherente, incompleta, muestra, en su largo y penoso desarrollo, la imposibilidad de haber constituido el vehículo de un pensamiento literario. ¡Y estamos en la época del nacimiento de un pueblo, acompañado casi siempre de alegrías ingenuas, de frescas auras matutinas! ¡Qué diferencia con Grecia! Esta en sus tiempos primitivos crea la Iliada y la Odisea, y flota sobre ella toda una atmósfera poética; Roma, ya en posesión de la escritura, apenas alcanza los elementos esenciales de su lengua. En Grecia, aedas y rapsodas inspirados cantando de ciudad en ciudad, de isla en isla, de pueblo en pueblo, las glorias de la religión y de la patria; en Roma, prosaicas letanías litúrgicas, áridos anales, fórmulas jurídicas. En aquélla, leyendas heroicas, tradiciones patrióticas, torneos poéticos; en ésta, exhibiciones triunfales, danzas de osos, cabriolas de saltimbanquis, combate de gladiadores. Allá, alas para volar por los espacios del ideal y del arte; aquí, músculos y nervios para el trabajo y la lucha.

El pueblo romano, pues, carece necesariamente, an-

(1) *Horridus numerus!* Hor., *Ep.* II, 1, 156-157.

tes del Helenismo, de lo que se llama una literatura (1): posee sólo gérmenes de ella, más ó menos groseros, más ó menos embrionarios. Lejos estamos, como se verá más adelante, de negar el mérito nacional de estos gérmenes, rudos, es cierto, pero que son aún el producto natural de tierra propiamente romana. Empero, recordemos solamente que durante *cinco siglos* ellos no han acusado progreso alguno, y comprenderemos entonces que, entregada á sus solas fuerzas, la cultura literaria romana jamás habría salido de sus rudimentos informes y de su incurable esterilidad.

Roma, por lo tanto, en virtud de su genio puro, no tiene, ni puede crearse por sí sola, una literatura artística: si algún día ha de tener un arte, un pueblo extraño se lo habrá de enseñar. Este pueblo es Grecia. Sin ella, Roma seguiría siendo la nación admirable por su patriotismo glorioso, su fuerza expansiva y el monumento acabado de su Derecho; pero no sería lo que es hoy para nosotros, la madre venerable y la maestra respetada de nuestra civilización; sus conquistas no habrían hecho más que castigar al mundo con una ambición estéril; y, lo que es más importante á nuestro

(1) La hipótesis de Niebuhr, no obstante sus halagadoras seducciones, sin documento alguno en que apoyarse é históricamente innecesaria y absurda, ha caído hace tiempo en el olvido.

objeto, su arte que, á pesar de sus deficiencias, hoy llena al mundo, no se conocería siquiera, porque jamás habría existido. La influencia del Helenismo, en suma, —lo repetimos— se impone en Roma con la fuerza de una necesidad histórica.

Concluamos. Un gran poeta de nuestros días ha dicho (1):

«E tu pía madre di giovenchi invitti
a franger glebe e rintegrar maggesi,
e d'anni trenta in guerra aspri polledri
Italia madre,
madre di biade e viti e leggi eterne...»

Sólo merced á aquella influencia inmortalmente fecunda y bienhechora, pudo agregar:

«ed inclite arti a raddolcir la vital»

(1) Carducci. *Odi Barbare*, «Alle fonti del Clitumno»

CAPÍTULO III

ANTECEDENTES Y ORÍGENES DEL HELENISMO EN ROMA

Acabamos de dejar establecido que la influencia del Helenismo era para la antigua Roma una ineludible necesidad histórica. Y, en efecto, á partir próximamente de la mitad del siglo III antes de J. C., ella se ha abierto una ancha vía en la gran mayoría de los espíritus, se ha enseñoreado de casi todas las esferas de la actividad, ha adquirido, en una palabra, los caracteres de una verdadera invasión.

Pero esta invasión ¿cómo se ha producido? ¿es la obra de un día, un cambio brusco, una súbita revolución? El año 514 de Roma, 240 antes de J. C., es, como veremos, la fecha de que data el establecimiento definitivo del Helenismo: es entonces cuando éste se afianza y se afirma para no ceder ya su puesto en lo sucesivo, para presidir bajo su sombra protectora á todo el des-

arrollo ulterior de la literatura latina. Pero nada en la naturaleza ó en la historia surge á la vida de un modo arbitrario ó repentino; todo es el producto orgánico de causas más ó menos mediatas, el resultado final de antecedentes más ó menos lejanos. Una civilización no penetra en otra, por decirlo así, de un golpe, sino por relaciones múltiples entre ambas, por una lenta infiltración y una preparación de siglos. Así pasó con Grecia y Roma; y la representación de la tragedia griega de Livio Andrónico, si es cierto que abre una época nueva, no es sino la coronación de mil hechos precedentes y el fruto feliz de una gestación larga y laboriosa. En resumen, la civilización griega ha sitiado á la romana desde una época antiquísima y no la ha vencido sino tras prolongado período de preparación é influencias remotas.

Es esto, precisamente, lo que ahora pasamos á estudiar, hallando acaso la clave de algunas cuestiones futuras: en la noche del pasado no es raro encontrar luces que aclaran el porvenir.

Recordemos, ante todo, que Griegos y Romanos se remontan á un mismo origen. Entrambos formaron parte en una época primitiva de la gran familia de los Arios, pueblos pastoriles y patriarcales del centro del Asia, iniciadores, hacia 3000 años antes de nuestra era,

de aquella inmensa dispersión hacia Oriente y Occidente, que lleva á las regiones elegidas por cada grupo de ellos como nueva patria, los gérmenes de una civilización superior á cuantas la precedieron en la historia.

Pero Griegos é Itálicos, como Indos, Persas, Eslavos, Germanos, Celtas, Iberos, no son sólo elementos idénticos de esta grande emigración. Más aún: todo induce á creer que, ya desprendidos del tronco ario, los dos primeros han seguido viviendo unidos durante cierto tiempo, con todos los caracteres de una civilización definida (1).

Ambos, sin embargo, se separaron un día, y los nuevos elementos que cada uno de ellos se asimiló tuvieron tanta energía, y las influencias á que estuvieron sometidos fueron tan profundas, que dichos pueblos fuéronse diferenciando cada vez más, hasta constituir, como se ha visto, dos razas de caracteres diametralmente opuestos. Al volver á encontrarse en la historia, apenas se reconocerán. Su innegable parentesco étnico permitirá, empero, más que nada, que uno de ellos ejerza sobre el otro la influencia gloriosa que en esta obra estudiamos.

La estirpe indogermánica se impuso sobre todas las

(1) Mommsem, *Römische Geschichte*, t. I, libro I, cap. II.

civilizaciones precedentes, por sus altas cualidades de pensamiento é imaginación (1). Su tendencia psíquica á la especulación teórica y su memoria esencialmente representativa, la hicieron apta, sobre todo, para engendrar pueblos artistas, como los Indos y los Griegos. ¿Cómo, pues, el pueblo romano, ario también y hermano del helénico, parece la negación absoluta de estas cualidades? Es que, como ya sabemos, todo en Grecia tendía maravillosamente á favorecer el desarrollo de las aptitudes heredadas de la raza madre, y en Roma, en cambio, todo conducía á un resultado contrario. Rodeado por una naturaleza mezquina y severa, acostumbrado á no ver en el mundo otro ideal que la vida pública, fundida toda su individualidad en el estado, absorbido por la actividad sin tregua de una áspera existencia—lucha por la patria, por el derecho y por la vida—el Romano dejó pronto obscurecer y embotar en su espíritu el brillo de la imaginación y el sentido de lo bello que, como todos sus hermanos, había traído consigo desde las faldas del Hindokú ó las llanuras de la Bactriana. Sucedió lo que pasa con los órganos animales: ejercitados, se desarrollan; en inacción, se atrofian.

(1) V. OUVRÉ, *Les formes littéraires de la pensée grecque*, cap. I.

Felizmente, estas aptitudes de raza no murieron del todo en el alma romana: llenas de virtual energía, resistieron en estado latente á los siglos más adversos, prontas á revivir en circunstancias más favorables. Bastó, en efecto, el contacto del pueblo hermano, que había desarrollado los mismos dones en su máxima amplitud, y que se dulcificasen un tanto las condiciones sociales de los primeros tiempos, para que Roma, no obstante la natural reacción de los elementos nacionales, terminase por entregarse, llena de fe y entusiasmo, á la vida de la inteligencia y del arte. Y si esto, en efecto, no fuera así, ¿cómo explicar ese ímpetu generoso con que aquellos Romanos, antes sólo ocupados en remover la tierra ó en empuñar la lanza, se arrojan ahora sobre los inagotables tesoros que el arte helénico les ofrece? No hay otra explicación posible. Ambos pueblos, á despecho de las cualidades contradictorias á que llegaron por separado, son íntimamente hermanos: idéntico es el fondo de su lengua, de su religión, de sus tradiciones, de sus costumbres, de su organización mental (1). Por eso los hijos del Lacio ven

(1) V. Mommsem, *ibidem*, y, en lo que se refiere á la religión, las brillantes consideraciones de nuestro maestro, el doctor Tarnassi, en sus *Lecciones de Literatura Latina* (1896), páginas 49-53.

en el arte de Grecia algo que les pertenece; por eso pueden asimilárselo; por eso hoy admiramos el genio de Homero en los exámetros de Virgilio, el acento de Demóstenes en las oraciones de Cicerón, y los arranques de Safo en las estrofas de Catulo.

He aquí, á nuestro juicio, no incurriendo en un olvido harto común, el primero y el más importante antecedente de la influencia griega sobre la literatura romana.

Continuando ahora nuestro estudio, una vez producida la escisión del grupo greco-itálico y, en virtud de ella y de los siglos, constituídas definitivamente las dos grandes razas de la antigüedad, ¿cuándo, nos preguntamos, vuelven éstas á encontrarse por primera vez, destinadas á tender desde ese día á una nueva y fecunda fusión?

No existe al respecto precisión alguna. Puede afirmarse, sin embargo, que, desde una época remota, el Lacio nunca estuvo del todo cerrado á la influencia helénica. Las narraciones novelescas de Plutarco, Tito Livio, Plinio, ya pintándonos á Gabies como un emporio de cultura griega, frecuentado por Rómulo y Remo (1), ya remontando á los tiempos del arcadio

(1) Plut., *Romul.* VI.

Evandro una estatua de Júpiter (1), ya haciendo anacrónicamente de Numa un filósofo discípulo de Pitágoras (2) y autor de siete volúmenes escritos en la lengua de Platón y Aristóteles (3), nos demuestran, aún en el terreno de la fábula—porque la leyenda exagera, pero nunca engaña en el fondo—la antigüedad del mutuo contacto de ambos pueblos.

Roma, efectivamente, desde sus primeros días mantuvo indudables relaciones, ora indirectas, ora directas, con la civilización griega. Sabido es que durante la época de los Reyes, especialmente en lo referente á la alfarería, la estatuaria y aún á la arquitectura, no obstante el carácter nacional de esta última, los Romanos son fieles discípulos de los Etruscos. Ahora bien: sea lo que fuere del origen y carácter de este pueblo, verdadero enigma de la historia, es lo cierto que él, desde muy temprano, merced á su poderoso imperio extendido á lo largo de las costas del Adriático y del Tirreno, á sus numerosas colonias y á sus inclinaciones aventureras y rapaces (4), se halló en relaciones

(1) Plin., *Nat. Hist.*, XXXIV, 16.

(2) Plut., *Numa*, VIII.

(3) Tit. Liv., XL, 29.

(4) «Holandeses de Italia», los llama el admirable Ribbeck, *Geschichte der Römischen Dichtung*, t. I, cap. I.

diarias con los Griegos, especialmente con los Lidios del Asia Menor. De allí le llegaron, junto con la afición á los espectáculos escénicos, los modelos del arte plástico, bien que pronto los deformara y desfigurara de acuerdo con su espíritu desproporcionado y vulgar. La Toscana, así, conservando orgullosamente su rústica originalidad, no se hizo completamente helénica; pero estuvo lejos de olvidar, sin embargo, al pueblo maestro á que debía algunos de sus pocos progresos. Una de sus ciudades, Agylla (antigua colonia fenicia y no pelasga, como se ha sostenido), con la que los Romanos estuvieron, desde muy antiguo, unidos por estrechos lazos de amistad, guardaba su tesoro en Delfos, como Atenas, Lacedemonia y la mayor parte de las ciudades helénicas; celebraba tratados de comercio con los Griegos de la Italia meridional; y prestaba auxilio á los Atenienses durante la expedición malograda de éstos á la isla de Sicilia. Roma, pues, por intermedio de los Etruscos, se ha hallado en comunicación, desde una fecha muy lejana, con las ideas, los usos y las artes del pueblo griego.

Las relaciones directas de entrambas civilizaciones fueron también muy precoces. Mucho antes ya de que se alzasen los muros de Roma, había en Italia Griegos que, poco á poco, en multitud de colonias de fabulosa prosperidad, acabaron por fundar otra Gre-

cia sobre el suelo rico y fértil de la isla de Sicilia y las costas jónicas y tirrénicas del extremo meridional de la península. La Apulia, la Lucania, la Calabria, la Campania, pronto se transformaron en tierras griegas. Colonias, como Neapolis, Cumas, Posidonia, quedaban propiamente á un paso del Lacio; y un discípulo de Santo Tomás ó de Bossuet diría que la Providencia las puso allí para que cumpliesen la misión de difundir en Roma las primeras luces del Helenismo. Nada así, en verdad, más sencillo y natural que el contacto de las dos razas hermanas. El tratado de comercio y navegación celebrado entre Romanos y Cartagineses (1), el primer año de la República (245 de R., 509 a. de J. C.), lo da claramente á entender: el convenirse en él las condiciones bajo las cuales los Romanos podrían comerciar en Sicilia, Cerdeña y Africa, envuelve tácitamente la afirmación de que durante la época real, Roma mantuvo relaciones del mismo orden con las poblaciones más próximas de la Magna Grecia y de Sicilia.

Y, en efecto, estas relaciones existieron desde los tiempos más remotos. Los Latinos llaman á los Griegos con el nombre más antiguo, *Graeci* (Γραικοί) (2);

(1) Polyb., III, 22.

(2) Mommsem, *op. cit.*, t. I, libro I, cap. X.

Cumas y Sicilia les dan el alfabeto (1). Los navegantes les llevan, al propio tiempo que los productos griegos, sus nombres correspondientes (*porpora*, *ampora*, *cratera*, *lanterna*, etc.), y el primer conocimiento de las leyendas helénicas. Estas se difunden rápidamente en Roma, y muestran por la misma degeneración que sufren los nombres de sus héroes (Belerofonte-Malerpenta, Cíclope-Cocles, Ganimedes-Calamitus, Alumento-Laomedon, Proserpina-Prosepna, etc.), la antigüedad de esta propagación. Entre tanto, la lira septicorde se naturaliza con sus nombres griegos (*fides* de σφιδῆν ó *barbitus* de βάρβιτος) y se confina en el culto. La misma constitución política no se libra de estas primeras influencias: la legislación de Servio Tulio obedece á las mismas ideas y reviste las mismas formas que las modificaciones implantadas, hacia el mismo siglo (II de Roma, VII antes de J. C.), en sus respectivas constituciones, por los estados griegos de la Italia meridional (2).

Poco después, bajo el reinado del segundo Tarquino, la helenización del Lacio ha dado pasos cada vez más decisivos. «No un débil arroyo, dice Cicerón, sino todo un río caudaloso de ciencia y de arte, corrió enton-

(1) *Ibidem*, cap. XIV.

(2) Mommsem, *op. cit.*, t. I, libro I, cap. VI.

ces desde Grecia para inundar á Roma» (1). La religión comenzó á transformarse. Los dioses romanos iguales por herencia étnica, en su concepto fundamental, á los helénicos, pero hasta entonces reducidos á atributos sin forma ó vagas abstracciones, como hijos legítimos de un pueblo destituido de sensibilidad é imaginación, adquieren ahora los contornos precisos y la personalidad palpitante de vida y movimiento que les dió la fantasía de los Griegos (2). Insuficiente esta transformación, inconsciente quizá, para satisfacer las necesidades públicas, nuevas divinidades de la Grecia (Cástor, Pólux, Mercurio, Ceres, Esculapio), reciben en Roma cultos y altares. Un colegio de dos expertos de alta categoría religiosa, asesorados por dos esclavos intérpretes conocedores de la lengua griega, es fundado para consultar, en horas de peligro nacional, las proféticas páginas de los *Libros Sibílinos*. No contentos con estas sentencias escritas de la sibila de Cumas, que habían recibido de sus vecinos de la Campania, los Romanos emprenden viajes á la misma Delfos, en busca de los oráculos de Apo-

(1) De Rep. II, 19: *Influxit enim non tenuis quidam e Graecia rivulus in hanc urbem, sed abundantissimus annis illarum disciplinarum et artium.*

(2) V. Boissier, *La Religion Romaine*, t. I, Intr., cap. I y II.

lo (1). En fin, la fiesta militar y religiosa más importante de Roma, los *Ludi Maximi Romani* (2), acusa igualmente, al menos en muchas de sus formas, como la carrera á pie y en carros, la lucha, el pugilato y la palma del triunfo, una imitación bien visible de aquellas fiestas populares que reunieron y encantaron á los Griegos de todas las regiones é inspiraron á Píndaro algunas de sus odas inmortales.

A partir de la segunda mitad del siglo III de Roma y durante todo el IV, las relaciones greco-latinas se siguen acumulando y adquieren carácter más manifiestamente artístico. En el año 262-492 (3), al mismo tiempo que una embajada romana se presentaba en Sicilia ante el rey Gelón, tirano de Siracusa, á comprar trigo con que remediar el hambre que diezmaba á la ciudad, dos artistas griegos, Damofilo y Gorgaso, pintan al fresco los muros del templo de Ceres, elevado en Roma, cerca del gran circo, por el dictador Postumio. Desde este instante los monumentos del arte helénico

(1) Tít. Liv., I, 56.

(2) Mommsem, *op. cit.* t. I, libro I, cap. XV.

(3) Con el primer número indicamos de aquí en adelante los años de Roma, con el segundo los que corresponden antes de la era vulgar,

se multiplican entre los Romanos. Numerosas estatuas ordenadas por el Senado y modeladas por Griegos, son erigidas en honor de ciertas divinidades y algunos personajes importantes: tales son las de la misma Ceres y la de Tellus, la de Espurio Casio, Lucio Minucio, Hermodoro y otros. La influencia etrusca abandona rápidamente su puesto; y los antiguos monumentos plasmados al uso toscano en arcilla grosera, destruídos en gran parte por los Galos, son probablemente objeto, como se ha supuesto (1), de una piadosa reconstrucción conforme á estas nuevas enseñanzas que de Grecia se recibían.

Y no era sólo el arte plástico, por cierto, el que comenzaba á abrirse al Helenismo: hasta el Derecho, en el que los Romanos, en virtud de sus cualidades más naturales, fueron siempre insuperables maestros y dejaron huellas que nunca se borrarán, debió en estos tiempos á Grecia no pequeños servicios. A principio del siglo IV (304-450), en efecto, el Senado enviaba á Atenas una embajada con la misión de estudiar las diferentes legislaciones helénicas; y las leyes decemvirales de las XII Tablas, no obstante su indole fuertemente romana, evidentemente inspiradas por la constitu-

(1) Berger et Cucheval, *Histoire de l'Eloquence latine*, t. I, cap. X.

ción de Solón, muestran que la obra de aquella comisión de jurisconsultos no había sido infecunda.

Hacia la misma época, en 321-433, se erige un templo á Apolo, consagrado al siguiente año. En 360-394, el Senado, en cumplimiento de un voto de Camilo, envía á Delfos un enorme cráter de oro. En 364-390, la noticia de la toma de Roma por los Galos llega casi inmediatamente á Atenas, y la griega Marsella envía á los Romanos un socorro pecuniario. Cuatro años después (368-386) se asigna en el Foro á los nobles griegos una tribuna de honor que recibe el nombre de *graecostasis*. En 374-380 Quinto Cincinato, como otros generales victoriosos, coloca en el Capitolio, al uso helénico, una lámina de bronce, con algunos versos grabados en ella, en recuerdo de su gloria. Y en 390-364, en ocasión de una asoladora epidemia, se asiste á un primer ensayo de representación dramática ejecutada por actores etruscos á imitación de los juegos escénicos de la Grecia.

Durante el siglo V y principios del VI, la victoria definitiva del Helenismo es inminente. Los dos pueblos entran en un período de vinculaciones estrechas y diarias relaciones. La conquista de la Campania, iniciada en los comienzos de esta época, incorpora á Roma tierras genuinamente griegas: Palépolis ó Neápolis, en

429-325, cae en poder de la República; desde 452-302, Thurio recibe su protección y su socorro; y en 472-282, Crotona, Locria, Regio, reciben sus guarniciones y entran en su clientela. En 474-280, comienza la guerra contra Tarento; y ésta, ocho años después (482-272), no obstante la poética aventura de Pirro, vencido en Benavento en 479-275, se rinde al cónsul Papirio Cursor, mostrando á los ojos maravillados de los Romanos los voluptuosos encantos y los opulentos tesoros de su cultura (1). Finalmente, la primera guerra púnica (490-513-264-241) coloca á la civilización romana en íntimo y prolongado contacto con la civilización griega de la Sicilia.

El resultado de todas estas campañas militares es fácilmente comprensible. Dueños ya de una gran parte de lo que fué Grecia en la antigüedad, los Romanos ven de cerca, palpan, por decirlo así, cuanto de estéticamente grande y admirable había producido aquel pueblo privilegiado. La superior cultura de este último, secreta é inconscientemente los invade. No pocas costumbres y usos helénicos, desde principios de la citada centuria se popularizan en la gran ciudad: sobrenombres como Filón, Sofo, Filippo, son harto comunes; se adoptan los lechos de mesa; se cambia de las doce á las dos ó las tres, la hora de la comida principal,

(1) V. Floro, I, 18.

y se graban inscripciones sobre el sepulcro de los hombres ilustres. En cumplimiento de un nuevo consejo del oráculo de Delfos, se elevan, en 412-342, estatuas á Pitágoras y á Alcibíades respectivamente elegidos y singularmente asociados, uno como el más sabio, otro como el más valiente de los Griegos. Otros monumentos, como en el siglo anterior, se multiplican á porfía: en 417-337 las estatuas ecuestres de Menio y de Camilo, y otras después, ornar el Foro, mientras que Espurio Carvilio instala en el Capitolio un Júpiter colosal.

Al propio tiempo el uso de la lengua griega se extiende considerablemente entre los Romanos. Por largos años éstos la habían ignorado, puesto que necesitaron intérpretes para la traducción de los libros sibilinos. Poco más adelante, sin embargo, cierta parte de la población debía hablarla y escribirla, como lo presuponen las relaciones marítimas y comerciales de que hemos hablado. Hacia la época de la conquista de la Magna Grecia, este conocimiento es común á las clases elevadas de la sociedad. El cónsul Fabricio pudo hacerse entender de Pirro, y el sabio y prudente Cineas expresarse en su lengua materna ante aquella «asamblea de reyes» que le pareció el Senado Romano (1). Ciertamente que poco an-

(1) Plut., *Pyrrh*, XIX.

tes la embajada de Roma provocó las risas y la grito del pueblo tarentino, porque Postumio incurrió en algunas faltas prosódicas de su discurso en griego; pero no es menos cierto que él al menos debía conocer suficientemente esta lengua cuando en ella dirigía la palabra á toda una gran asamblea. Las mismas clases inferiores hablaron ó entendieron siquiera, no mucho después, como lo demuestra el teatro de Plauto, el idioma armonioso de la Grecia, gracias al prodigioso número de prisioneros griegos que, tras la sumisión de la Italia meridional y la Sicilia, recibió Roma en calidad de esclavos. La gran ciudad se ve obligada á establecer un *praetor peregrinus*, encargado de administrar justicia á los extranjeros, y comienza á merecer el dictado de *graeca urbs*.

No sin razón, porque la imposición de la lengua era sin duda el triunfo mayor que el Helenismo había conseguido hasta entonces sobre el espíritu romano, siendo como es el idioma el más poderoso vehículo de una civilización y (lo que particularmente nos interesa) la condición *sine qua non* de la influencia literaria de un pueblo sobre otro. Conocida, en efecto, la lengua griega, y en virtud del mismo movimiento que arrojaba á toda Roma sobre Grecia, las letras de ésta no podían tardar en hacer en aquélla su aparición victoriosa. Ya en 474-280, Apio Claudio el Ciego, publican-

do su famosa oración contra Pirro y mostrando una actividad intelectual impropia de su época é innegablemente inspirada por las primeras influencias griegas librarías, anuncia, con un débil destello, la aurora futura. Y finalmente en 514-240, un año después de la finalización de la primer guerra contra Cartago, un joven esclavo de Tarento, llamado Andrónico, hace representar en Roma una tragedia traducida del griego. Desde ese día hasta la caída del imperio bajo las hordas de los Bárbaros, el Helenismo presidió al nacimiento y al desarrollo entero de la literatura latina.

¿Qué inferimos en conclusión (haciendo abstracción de la última fecha que abre las puertas á una nueva era) de todas estas primeras relaciones de Roma con Grecia, enumeradas brevemente en las anteriores páginas?

Alguien quizá, sugestionado por tantos datos reunidos, podría inclinarse á creer que la cultura romana había sido ya radicalmente transformada por la civilización helénica. Sería error. Cuantas huellas de ideas, artes, costumbres de Grecia hemos rastreado por los campos latinos desde el siglo II al VI, no son sino los preliminares, los antecedentes necesarios de la invasión final del Helenismo, que comienza en la fecha citada con la aparición de la primer obra literaria inspi-

rada por el teatro griego. No sin intención hemos escrito repetidas veces la palabra *contacto*, aplicada á las relaciones de ambos pueblos: las dos civilizaciones se tocan, pero una no ha penetrado aún en la otra. Las influencias griegas, con ser tan numerosas, son todavía externas, no afectan más que á la superficie. En la religión, los nuevos cultos adoptados de Grecia permanecen, con todas las formas antiguas de su ritual, exclusivamente en manos de griegos; la música no sale de las ceremonias religiosas, ni un solo ciudadano solicita de ella siquiera una distracción que se hubiera considerado deshonra; la escultura misma, tan extendida como hemos visto, es encomendada en absoluto á artistas griegos y aceptada únicamente en atención al objeto patriótico de perpetuar en la posteridad la memoria y los rasgos físicos de los grandes hombres; el uso de la lengua helénica, en fin, no obstante toda la importancia que le hemos reconocido, no es hasta la época literaria, sino un medio de facilidades comerciales ó un instrumento político.

¿Cómo explicar la aparente contradicción de estas afirmaciones con los hechos antes apuntados? Ello no nos parece de grande dificultad. Los Romanos no eran sistemáticamente refractarios á las influencias extrañas, siempre que éstas, pesadas en su balanza utilitaria, les pareciesen buenas y asimilables—*nostrí, omnium uti-*

litatum rapacissimi, dice Plinio (1);—pero en cambio todo lo que no ofrecía este carácter, era por parte de ellos objeto de viva repulsión. Ellos así, dice un autor, «durante largo tiempo, dividieron la civilización griega en dos partes: una de utilidad práctica, que se apresuraron á aceptar; otra exclusivamente moral, que rechazaron con energía. De tal modo despreciaron las artes, pero no rechazaron sus servicios, y pedían á otros lo que se hubieran sonrojado de hacer ellos mismos. Pudieron aceptar usos y formas de la vida griega: bajo este ajeno disfraz se sentían los mismos de antes, pero no querían dejar invadir su territorio y menos aún su espíritu» (2).

Es que el genio romano tenía demasiada vitalidad para poder ser absorbido en un instante. Su índole nativa no desapareció nunca en el fondo, y mal podía en estos siglos de su más rudo vigor, hacerse sensible y abrirse súbitamente á las refinadas delicadezas y al ideal superior de la civilización helénica. Esta debió conquistar palmo á palmo todas las esferas de la vida romana, comenzando desde las más útiles á las más superfluas; debió preparar el terreno durante cuatro si-

(1) Nat. Hist. XXV, 2.

(2) Jullien, *Les Professeurs de Littérature dans l'ancienne Rome*, cap. II.

glos de influencias diversas y más de cien años de relaciones diarias, para hacer brotar en él las primeras flores del arte.

En resumen, la época que se extiende desde los primeros años de Roma hasta mediados del siglo III antes de J. C., es solamente un período de preparación del Helenismo. El elemento nacional ha opuesto una reacción, inconsciente quizá; pero, en virtud de su propia fuerza, poderosa y enérgica. A partir de Livio Andrónico, la influencia griega invadirá á Roma de una vez y segura de su triunfo; pero este triunfo, como todas las grandes victorias, según veremos, exigirá la lucha y no ya anónima como antes, sino abiertamente capitaneada por el viejo Catón, que en su obcecación insensata se opuso en vano á la evolución natural de los hechos y á la acción misteriosa de la historia.

CAPÍTULO IV

LA INFLUENCIA HELÉNICA Y LA LITERATURA LATINA: SU PARALELISMO HISTÓRICO

Hemos dicho que con el siglo V se abre para Roma una era nueva. El antiguo edificio social comienza á derrumbarse: las modificaciones sucesivas que la constitución interna, el derecho, la religión, la vida política, la organización militar experimentan, obran de consuno para despertar al fin la conciencia de la personalidad individual en contra de la omnipotencia de espíritu colectivo (1). El pueblo romano se hizo así más apto á la asimilación de las influencias benéficas que estaba destinado á recibir, y dejó en él un lugar para los goces del alma y el cultivo del arte. Gracias á ello la feliz iniciativa de Livio Andrónico no tuvo la vida precaria de un hecho aislado sin trascendencia en lo

(1) V. Pichon, *Histoire de la Littérature Latine*, cap. III, § 2

futuro, sino que, hallando en torno suyo todo propicio para fructificar, fué inmensamente fecunda en imperecederas consecuencias.

Desde esa fecha gloriosa en que el arte griego toma posesión definitiva de Roma, ésta ve surgir de su suelo los primeros frutos de su literatura—literatura de imitación, es cierto, pero la única que le fué dado engendrar. Con los prisioneros y esclavos griegos, las letras helénicas estaban en Roma: los Griegos primero, los mismos Romanos después, que comenzaban á comprenderlas y acabaron por arrojarse sobre ellas, sin orden y disciplina, pero con ardor inusitado, aspiraron á darles carta de ciudadanía romana, trasladándolas á la lengua latina. De este modo la tragedia, la comedia, la epopeya, más tarde, la sátira, la historia, la elocuencia, todos los géneros literarios, originarios de Grecia, penetraron en Roma, transformada así poco á poco, no sólo en el *umbilicus mundi*, sino también en la capital del arte.

Los progresos literarios del pueblo rey fueron en esta nueva época tan rápidos como tardíos habían sido en tiempos menos favorables. Livio Andrónico ya, no obstante la tosquedad primitiva y la imitación servil de sus adaptaciones del griego, muestra una actividad intelectual nada común. Autor de no menos de diecinueve tragedias, de un canto sagrado y una traducción

en versos saturnios de la Odisea de Homero, fué al propio tiempo el primer maestro de literatura que conocieron los Romanos. Su influencia fué decisiva é inmediata: sus innovaciones escénicas encantaron á las clases elevadas, sedujeron al pueblo con la novedad del espectáculo y despertaron dondequiera un movimiento literario hasta entonces desconocido. La segunda guerra púnica (536-553—218-201) con todos sus horrores y derrotas, no bastó á detenerlo. En 548-206, se otorgaba derecho de corporación á los poetas; en 550-204, Ennio llegaba á Roma; hacia la misma época Nevio escribía sus obras dramáticas y su poema sobre la guerra púnica; y Plauto ponía en escena sus primeras comedias.

Finalizada, con una espléndida victoria, la lucha terrible contra Aníbal, vuelta la tranquilidad á los espíritus y despejado el horizonte nacional, dicho movimiento no podía sino aumentar en intensidad y amplitud.

•Pœnico bello secundo, Musa, pinnatu gradu,
intulit se bellicosam in Romuli gentem feram•

dijo con razón el poeta Porcio Licino (1). Es entonces cuando, aparte de sus tragedias traducidas de

(1) Aulo Gelio, XVII, 21.

Eurípides, de su «Epicharmus» y otras obras de menor importancia, Ennio, «el verdadero porta-estandarte del Helenismo» (1), muestra, en los vigorosos hexámetros de sus «Anales», la ruda potencia de su talento poético, precursor del genio de Lucrecio y de Virgilio. Al mismo tiempo el teatro latino, cultivado por Pacuvio, Estacio Cecilio y otros, llega á su grado más alto de perfección con el franco realismo de Plauto y la fina elegancia de Terencio.

La guerra contra Felipe de Macedonia (554-557—200-197), iniciada apenas un año después de la terminación de la lucha contra Cartago, y poco más adelante la sostenida contra Antíoco de Siria (563 sq.—171 sq.), al paso que abren nuevo campo á la ambición romana y ejercen una influencia poderosa sobre las costumbres, en que aparecen los primeros síntomas de corrupción, multiplican más todavía las relaciones romanas con los Griegos, cuya civilización se impone hasta en sus defectos.

Los más nobles romanos son también los propagandistas más entusiastas de estas ideas. El primer Escipión africano (2) Paulo Emilio, Sulpicio Galo, Tiberio Graco y tantos otros ciudadanos ilustres, fueron apasiona-

(1) Teuffel, *Geschichte der Römischen Litteratur*, t. I, § 91.

(2) Es conocida esta frase suya: *nunquam se minus esse otio-*

dos amantes de las letras helénicas. Historiadores como Fabio Pictor y Cincio Alimento, llegaron hasta desdeñar el idioma nacional y escribieron en griego sus crónicas romanas. Todo parecía, por lo demás, encaminar á Roma por esta nueva senda abierta á su actividad y á su espíritu. La educación, salvo raras excepciones, estaba, desde la enseñanza del liberto de Livio Salinátor, en manos exclusivamente griegas; en 587-167, el embajador de Pérgamo, Crates de Malos, abría un curso público de gramática y literatura; en el mismo año, el Senado introducía en la ciudad mil rehenes aqueos (Polibio entre ellos), esto es, otros tantos fautores y apóstoles del Helenismo; y en 598-156, el célebre Carneades encantaba á la juventud romana con su palabra armoniosa y sus brillantes paradojas.

Entre tanto, hechos de distinta naturaleza se habían producido. El establecimiento del Helenismo en el pueblo rey no podía llevarse á cabo sino á expensas de la vieja originalidad romana, y ésta, muy fuerte aún para declararse vencida, venía oponiendo de años atrás á esta invasión de las ideas nuevas, una ardiente y tenaz resistencia. Entre el genio griego y el romano de los primeros tiempos, á pesar de la recíproca con-

sum, quam cumcotiosus esset (Cic., *Off.*, III, 1); V. también T. Liv., XXIX, 19.

sanguinidad de sus elementos constitutivos, había un contraste que bien conocemos; y los hijos de Roma, fieles todavía á las tradiciones de su pasado, no podían menos de protestar contra el olvido creciente del *mos majorum*, de la vida activa, de las virtudes cívicas, por los ocios, para ellos indignos, de la meditación y el estudio. Por otra parte una confusión que ofuscó á casi todos los espíritus de la antigüedad, y aún se ha perpetuado hasta nuestros propios días, dió á esta reacción romana una base de aparente justicia. Al propio tiempo que las ideas griegas penetraban en la Ciudad, toda una revolución económica y moral cambiaba la faz de la vida romana. Hijas de una naturaleza avara, de un pueblo pobremente limitado durante siglos á sus únicos recursos, la sobriedad, la energía moral y la severidad de costumbres eran en la Roma de la primera época virtudes que la fuerza de los hechos imponía; pero en cuanto los Romanos, gracias á sus prodigiosas conquistas, se ven de improviso dueños de ingentes riquezas, la consecuencia es lógica: la fortuna pide ser empleada; y la molición escéptica, el lujo insolente, el vicio grosero, hacen su impúdica aparición. El brutal egoísmo del estado, la insaciable sed de riqueza de los ciudadanos, la cínica venalidad de los magistrados, mostraban que el pueblo rey no se detendría en la pendiente de la corrupción y presa-

giaban ya horas sombrías para el porvenir. Ahora bien, toda esta relajación de costumbres había llegado á Roma junto con la civilización helénica: todas las formas del lujo, los ricos mobiliarios, los vinos exquisitos, los cocineros hábiles, los platos refinados, Grecia fué quien los hizo conocer. Como era de suponer, los Romanos no comprendieron que estas importaciones eran únicamente un pretexto ó un incentivo, que lo que los corrompió no era la invasión del Helenismo, sino simplemente la fortuna y el ansia irrefrenable de placeres que ésta determinó, y que, sin los Griegos, ellos se hubieran arrojado igualmente sobre los mismos vicios é idéntica depravación. E incapaces de distinguir los defectos y las virtudes íntimamente asociadas que la cultura helénica les traía, confundieron todo en una misma reprobación. Las artes griegas fueron así objeto de sus repetidas arbitrariedades y sus anatemas inútiles.

A la cabeza de estos anacrónicos adoradores de un pasado destinado á morir, se puso desde muy temprano Marco Porcio Catón, el más celoso de los guardianes de la antigua *virtus* y el prototipo ideal del romano primitivo. Este hombre excepcional y curioso, cuya larga vida (520-605—234-149) equivalió toda á un combate incesante en contra de las ideas de su tiempo, fué el enemigo nato del Helenismo, bajo todos sus as-

pectos. El lujo de las mujeres, la prodigalidad de los grandes personajes, el orgullo ambicioso de los generales, finalmente, las letras y las artes griegas, fueron el blanco perpetuo de sus rudas invectivas. Llevado por su odio ciego á las tendencias de sus contemporáneos, lamentaba los tiempos en que no se honraba á la poesía y se llamaba con el mismo nombre, *grasator*, al poeta y al parásito de los festines (1); incriminaba á Fulvio Novilior, por llevar consigo á artistas griegos que corrompían la disciplina del ejército (2); prohibía á su hijo la medicina helénica, acusando á los discípulos de Hipócrates del poco compasivo proyecto de exterminar á todos los bárbaros, los Romanos entre ellos (3); y juzgando á la raza griega como «la más perversa é intratable del mundo»,—*nequissimum et indocile genus* (4)—pensaba que la influencia de sus artes sería la perdición de los Romanos: *quando-cumque ista gens suas litteras dabit, omnia corrumpet* (5).

Con estas ideas, secundadas especialmente por los

(1) Aul. Gell., XI, 2.

(2) Cic., *Tusc.*, I, 2.

(3) Plin., *Nat. Hist.*, XXIX, 7.

(4) Id., *ibidem*.

(5) Id., *ibidem*.

plebeyos que veían en el helenismo de los aristócratas una nueva é imprevista causa de superioridad, el austero censor, merced á su espíritu dominador y á la influencia poderosa de que gozaba en el Senado, no tardó en hacer á las ideas griegas, y á quienes las representaban, ofensas más prácticas y oposiciones más violentas. Ya en 581-173, el partido romano había hecho expulsar de Roma á los filósofos epicúreos Alceos y Filiscos (1), y en 593-161, un decreto senatorial, probablemente redactado por el mismo Catón, castigaba con igual destierro á los retóricos latinos (2). En 600-154, llegaba á Roma una embajada de Atenas formada por el académico Carneades ya citado, el estoico Diógenes y el peripatético Cristolao. Diferida por algún tiempo la recepción de esta diputación, y transformados sus miembros en otros tantos conferenciantes, ardorosamente aplaudidos, un día, el primero y más hábil de los tres, hizo por la mañana el elogio de la justicia y anunció, cumpliéndolo fielmente, que por la tarde probaría lo contrario. Indignado Catón, corrió al Senado, y éste, á consejo suyo, despachó en seguida á los filósofos atenienses, «para que fuesen á dar á los hijos de Grecia semejantes lecciones y á fin de que

(1) Athen., XII, 68.

(2) Aul. Gell., XV, 11.

los jóvenes romanos siguiesen escuchando como antes la voz de los magistrados y las leyes» (1). El viejo luchador debió quedar satisfecho: para él, la filosofía era *mera mortuoria* (2), y en su saña obstinada no veía en el mismo Sócrates otra cosa que un charlatán despreciable y rebelde á las leyes de su país (3).

Estas medidas de fuerza con que Catón y sus secuaces pretendían á su modo defenderse del Helenismo demostraban la impotencia desesperada de semejante oposición. Tal lucha era imposible y absurda. Los tiempos con que Catón soñaba volver, hubieran hecho de Roma un pueblo de fuertes labradores y conquistadores sin alma, no el pueblo civilizador y glorioso cuya cultura alienta aun hoy en la humanidad entera. Era éste el destino del pueblo rey, y mal podía impedirlo la obcecación ignorante de unos cuantos hombres ó la expulsión inocente de unos cuantos filósofos. Los grandes movimientos históricos no los interceptan caprichos individuales, como no detiene el curso impetuoso de los ríos una valla arrojada á su corriente. «Estos hombres, escribe el sabio Teuffel, perseguían un fin irrealizable al tratar de oponerse á un

(1) Plut., *Cat.*, XXII.

(2) *Aul. Gell.*, XVIII, 7.

(3) Plut., *Cat.*, XXIII.

movimiento que era el resultado de mil factores invencibles y á una evolución que se producía con fuerza incontrastable en las creencias, en la vida, en las ideas y en las costumbres de la nación (1) ».

Y, en efecto, Catón muere vencido. En torno suyo no ve sino la difusión siempre mayor de las ideas con que pertinazmente luchó. El poeta Ennio, que él propio trajo de Cerdeña á Roma, se puso, como vimos, al frente del partido helenista, mientras que poco más tarde el romano Nevio dictaba para su tumba este triste epitafio: *Obliti sunt Romani loquier latina lingua* (2). Sus más adictos seguidores desertaban de las filas. Licinio Craso, aquel otro severo enemigo del Helenismo que proscribió á los retóricos, se dedicó por entero en sus últimos años á las letras y á la filosofía helénicas (3). Más todavía: si es evidentemente una fábula aquello de que, muy anciano ya, el célebre censor en persona se dedicaba á estudiar la lengua griega (4), ello no es menos un símbolo legendario que expresa una realidad histórica: Grecia triunfaba en el

(1) Op. cit., *ibidem*.

(2) Aul. Gell., I, 24.

(3) Cic., *De Orat.*, III, 24, 22, 23; II, 1):

(4) Cic., *De Sen.*, I, 8; *Acad.* II, 2; Corn. Nep., *Cat.*, III; Quint., XII, 11, etc.

mismo Catón. Puesto desde muy joven en contacto íntimo con la civilización helénica, amigo en Tarento del pitagórico Nearco, tribuno militar y cuestor en Sicilia, huésped de Atenas tras la victoria de Acilio Glabrión, aprendió desde entonces la lengua griega, de que por altivez romana no gustaba de usar (1), y estudió cuidadosamente, como él mismo lo da á entender (2), las letras del pueblo que más tarde fué objeto de sus cóleras feroces. Así, mal de su grado, mil ideas helénicas penetraron en su espíritu rebelde é hicieron de él un representante, extraño es cierto, pero indubitable, de la misma cultura que combatía. Un romano de los primeros años de la República, no hubiera mostrado la fecundidad y amplitud literarias de esta mente á un tiempo estrecha y poderosa. Historiador, sus «Orígenes» llevan un título griego; educacionista y agrónomo, aprovecha mil indicaciones de la ciencia helénica; retórico, da aquella definición del orador por Séneca calificada de divina: *vir bonus dicendi peritus* (3); orador, aprende de memoria á Tucídides y Demóstenes (4).

(1) Plut., *Cat.*, XII.

(2) Plin., *Nat. Hist.*, XXIXV, 7.

(3) *Contr.*, I. Praef.

(4) Mommsem., *op. cit.*, t. II, libro III, cap. XIV.

El mismo jefe de la reacción romana era pues arrasado insensiblemente por las corrientes de su época. Es cierto que el viejo espíritu latino que él representaba no desapareció del todo ni aún en los tiempos de Horacio (1); pero, á partir de esta derrota, impotente ya para luchar, abandona para siempre el campo al enemigo triunfante. El presente ya, el porvenir con más razón, son de Grecia. Roma tiene abierto el rumbo de su historia: por él, sin que nada pueda apartarla, seguirá fatalmente en cumplimiento de su destino.

Finalizada la época de transición que acabamos de bosquejar, el siglo VII comienza con nuevas victorias morales para la civilización helénica. En 608-146, hacia los mismos días en que se llevaba á los hechos con impía crueldad, el *delenda est Carthago* del implacable censor, Mumio saqueaba á Corinto, y la Grecia entera era declarada provincia romana con el nombre de Acaya. Perdida la independendencia nacional, verdaderas falanges de griegos emigran de su patria y buscan en Roma una compensación de su derrota política y un escenario más vasto en donde ejercer su supremacía intelectual.

En tanto, las conquistas romanas anteriores ó posteriores en Asia, Africa y Europa ponen gran parte del

(1) *Ep.*, II, 1, 156-160:.... *hodieque manent vestigia ruris.*

mundo antiguo en contacto inmediato con la cultura helénica, así acrecida, y comienzan á realizar esa maravillosa fusión universal, no ya sólo de Grecia é Italia, sino de Oriente y Occidente, que es la misión sublime de Roma en la historia. Ciertó que estas conquistas siguen ejerciendo sobre las costumbres la influencia perniciosa de que hemos hablado, cierto que la destrucción de la desgraciada Cartago, quitando al pueblo rey el único enemigo que podía inquietarle, era una falta de perspicacia política que trajo por consecuencia la relajación de la disciplina militar, último baluarte contra la molicie y la depravación invasoras; pero no es menos cierto, en razón de los insalvables contrastes que la naturaleza ha impuesto á la vida, que aquellos bienes no podían realizarse sin los males que inevitablemente los acompañaban, que aquellos resplandores no podían brillar sin proyectar á su vez la inseparable sombra. La corrupción interior aumenta cada día: el lujo y el afán de riquezas revisten caracteres más alarmantes; las guerras contra Numancia, contra Yugurta, muestran los vicios de las clases más elevadas; y las tentativas generosas de los Gracos, las sangrientas rivalidades de Mario y Sila, dan paso á una época luctuosa de calamidades públicas y discordias civiles que anuncian la próxima ruina de la libertad.

Mas no por esto se ha detenido un punto el avance

de la cultura literaria y de la influencia helénica. El uso del griego es entonces tan vulgar, que pueden representarse en Roma comedias escritas en esta lengua; un pretor, Publio Craso, dicta en Asia sus decretos en los diferentes dialectos griegos; y muchas inscripciones de la época se escriben en los dos idiomas hermanos. Como en el siglo anterior, la noble familia de los Escipiones se pone al frente del movimiento intelectual. El segundo Africano, que ante las ruinas humeantes de la ciudad vencida, murmuraba con lágrimas en los ojos un verso de Homero, se honró con la amistad de Polibio y de Panecio, y rodeado por un círculo de ciudadanos no menos ilustres, como Lelio, Espurio Mumio, Furio Filo y otros, fué un acendrado protector y un propagandista preclaro del Helenismo. La filosofía griega, que recibía especialmente de este círculo selecto una acogida entusiasta, comenzaba á ejercer, con sus doctrinas estoicas, una influencia muy considerable sobre la dirección de las ideas morales del pueblo romano. La producción literaria no era menos intensa: Lucilio escribía sus sátiras; Accio, Ata, Afranio, comedias y tragedias; Pisón Frugi, Antipater, Asellio, cultivaban la historia; los Gracos, Marco Antonio y Lucio Craso, entre otros muchos, daban brillo á la elocuencia. Y todo esto, aunque hay siempre, como veremos, un lugar para la originalidad romana, es Grecia

quien lo ha inspirado: si no vemos su huella luminosa en las ideas, pronto la hallamos en las formas en que estas ideas se manifiestan y encarnan.

Con la época de Cicerón (676-724—78-30), llegamos al punto culminante de la literatura latina y al completo predominio de la tendencia griega. El amor por la filosofía y las letras helénicas, constituyen ahora para el alma romana una segunda naturaleza, á la que es imposible substraerse. Un Catón vociferando contra la poesía y las artes, un Mario vanagloriándose de ser un soldado ignorante, no se explicarían ya: el inflexible estoico de Utica, descendiente del primero, es, como se diría hoy, un «intelectual» y un filósofo; César, sucesor del segundo, un orador famoso y un historiador insigne. Varrón y Lucrecio, se dice, representan todavía al partido romano: es cierto si se les compara á algunos helenizantes exagerados de su siglo, si se atiende á los asuntos más frecuentes de las obras del célebre erudito y al carácter arcaico de la lengua del poeta de la Naturaleza; pero ambos por sus modelos literarios, por su educación, por su espíritu, son dos altos y genuinos representantes de la influencia griega, sin lo cual no hubieran sido lo que fueron.

Todo es griego en la época del gran orador. Los viejos usos nacionales desaparecen, las costumbres se refinan más y más, las *villas* lujosas se adornan sun-

tuosamente con estatuas y pinturas, y la vida de mundo se hace exquisita y elegante. La lucha, la pelota, la carrera, ejercicios favoritos de los antiguos romanos, ceden su puesto á la gimnasia de las «palestras», inseparables de las «termas», en casa de todo rico ciudadano. Gramáticos y retóricos griegos abren multitud de escuelas, á donde acude la flor de la juventud romana en busca de las primeras nociones literarias. Cada atrio de la gran ciudad es un foco del Helenismo. Griegos existen en todas las casas: al lado del cocinero, del parásito, del efebo prostituído, de los innumerables esclavos, el lector, el poeta, el historiógrafo, el filósofo, ocupan en ellas un puesto de honor. Luculo tiene así al académico Antíoco, Lucio Pisón al epicúreo Filodemo, Craso al historiador Polifístor, Cicerón á Diodoto Lisón, Apolonio y otros retóricos ó filósofos con quienes declama ó discute. Entre tanto, los viajes á Grecia se hacen una necesidad y una moda: los desterrados eligen preferentemente las ciudades griegas para lugar de su residencia; algunos ciudadanos como Atico, el íntimo amigo de Marco Tulio, se establecen definitivamente en Grecia; y los jóvenes romanos, como nuestros universitarios de América, obtenido el diploma doctoral, se dirigen á Europa y completan sus estudios en las universidades de Francia ó Alemania, ellos á su vez ven en la frecuentación de las escuelas de Atenas, Mitilene,

Rodas, Asia Menor, el complemento necesario é indispensable de toda buena educación. Cicerón (1), Horacio, Bíbulo, Mesala, nos dan ejemplos de esta excelente costumbre que sustituía por el contacto directo el conocimiento erudito aprendido en los libros. Estos, por otra parte, abundan extraordinariamente en Roma. Ya Paulo Emilio se reservaba en Macedonia de un ópimo botín, la biblioteca griega del rey Perseo; Sila, de igual modo se había apropiado, en la toma de Atenas, de la preciosa colección de Apelicón, que hizo conocer por primera vez á los Romanos las obras de Aristóteles y Teofrasto; ahora el vencedor de Mitrídates trae entre los despojos del Ponto otros tantos tesoros de la sabiduría helénica. El amor á los libros degenera entonces en inmoderada pasión, casi en manía; el comercio de librería toma vivo incremento, se establecen talleres de copia, se perfecciona el papel y se ocupan gramáticos para la corrección de los códices. No hay romano instruído que, como Varrón y Cicerón, no sea un bibliófilo incansable y no posea su rica biblioteca. Luculo había instalado la suya en su casa, verdadero templo de magnificencia y de arte; y allí, en compañía de los más distinguidos retóricos y filósofos griegos, discurre sobre ciencias y letras, rodeado de jardines y

(1) V. Tarnassi, *Vida de Cicerón* (Buenos Aires, 1897), Cap. III.

bajopórticos de mármol, como un discípulo de Platón.

El movimiento intelectual que estos hechos determinan es activísimo. Junto con las frecuentes traducciones de obras helénicas al latín, el uso antinacional de escribir en griego reaparece: obras como algunas del citado Luculo, Tito Atico, Quinto Escévola, del mismo Cicerón, deseosos de ser leídos por un público más vasto, lo demuestran. Los libros, los folletos de toda clase pululan. La lectura se impone por todas partes: en la mesa, en los viajes, en el ejército, en el senado, es preferida á todo otro solaz. Las mujeres rivalizan con los hombres en el conocimiento delicado de las letras helénicas y en la elegancia suprema de la conversación: sensibles á nuevos ideales, más de una vez rinden su corazón al encanto insinuante de un lindo madrigal. La poesía está en boga: ella no llega al apogeo de su gloria hasta el período siguiente, pero tiene ya á su servicio toda una cohorte de cultivadores, muchos de ellos malos, algunos sumos. La elocuencia, la historia, la literatura política, predominan todavía, pero adquieren carácter declaradamente artístico: el estilo se cuida, se castiga, se pule; la prosa latina alcanza á su más alta perfección; la *forma*, en suma, contra el viejo prejuicio nacional, adquiere tanta importancia como el *fondo*. He aquí, en una palabra, el triunfo completo del Helenismo en la literatura latina.

A tan feliz resultado contribuyó no poco el nuevo aspecto que durante esta época reviste la influencia helénica sobre Roma. Hasta los tiempos de Cicerón y de César, los autores latinos habían imitado casi exclusivamente á los escritores griegos de la época clásica: Nevio, Ennio, Pacuvio, en su genial ignorancia trataban de reproducir á Homero, Eurípides, Menandro. Ahora, por el contrario, á favor de los continuos viajes por los países helénicos, de la afluencia de literatos griegos á la capital romana, del engrandecimiento político y nacional del estado (1), la literatura griega contemporánea ó la inmediatamente precedente es objeto de la mayoría de las predilecciones.

Esta literatura que, como es sabido de todos, tuvo su asiento en la ciudad de Alejandría, centro universal del Helenismo desde el desmembramiento del imperio macedónico hasta la reducción de la Grecia á provincia romana, es el último fruto de una civilización corrompida, un arte de decadencia. La literatura alejandrina nace cuando el ciclo creador del genio helénico había terminado; y, producto de un medio eminentemente comercial y científico, sin arraigo en una patria ó en una religión nacional, ella no halla otro refugio, para ocultar su propia miseria, que el rebuscamiento

(1) V. Mommsem, *op. cit.*, t. III, libro V, cap. XII,

erudito y el artificio de la forma. Empero, el Alejandrismo desarrollaba en su seno muchos gérmenes de progresos futuros. Ante todo el arte, careciendo de la función social de otros tiempos, vuelve, por decirlo así, á sí mismo: se juzga que él basta á ser el objeto único y digno de una vida; el artista se emancipa de cuanto le rodea y se reconcentra en su propio espíritu. Por lo mismo, la poesía propiamente individual, lírica, casi diríamos, romántica, hace su primera y amplia aparición: el amor, el sentimiento poético por excelencia, domina, é infunde un soplo de vida á la elegía, al epigrama (1), á la epopeya misma, y abre una vía fecunda á la poesía moderna. Por último, el defecto capital de los Alejandrinos no era más que la exageración de una virtud. «Ellos fueron, dice un historiador de este movimiento literario, demasiado versificadores, coordinadores de metros y palabras, no siempre poetas, creadores de ideas y de imágenes; pero su labor meticulosa no fué estéril: la poesía no se sostiene únicamente por la inspiración: es un arte, un oficio, si se quiere, al mismo tiempo que una creación espontánea del espíritu... Fueron, ante todo, artistas, y no creemos que esta palabra deba serles aplicada como un reproche. Entendido en este sentido, el Alejandrismo significa la preocu-

(1) V. Piazza, *L'Epigramma latino*, t. I, cap. I.

pación celosa, exclusiva de la forma. En su exceso, es despreciable; en sí mismo no. ¿Qué poeta, por algún lado, no es alejandrino? ¿Cómo no dejarse seducir por el encanto del estilo, aun fuera de las ideas que expresa? ¿Y sería uno poeta si no amase la atracción de un sonido armonioso, de una imagen feliz, de una palabra puesta en su lugar? ¿No hay necesariamente en toda creación poética al lado de la inspiración, del pensamiento verdadero y de la emoción sentida, una parte de estudio, de ciencia, en una palabra, de Alejandrismo?» (1).

La influencia que éste ejerció sobre la literatura romana á partir de los tiempos de Cicerón, fue copiosísima y, conforme á su doble carácter, por una parte dañosa, por otra benéfica. La imitación servil engendra enseguida, en completa indiferencia por los dramáticos acontecimientos en que se desarrolla aquella época de luchas y de catástrofes, un hueco «dilettantismo» artístico, una poesía fútil y erudita, una literatura sin patria y sin alma. Las epopeyas mitológicas, á imitación de los modelos respectivos, no tardan en aparecer: Calvo narra la leyenda de la errante Io, Cinna dedica nueve años á su «Zmyrna»; Varrón traduce las Argonáuticas; el mismo Catulo, á pesar de su gran

(1) Couat, *La Poésie Alexandrine*, concl., § III.

talento, hace pronunciar un patético discurso á aquella cabellera-constelación de la «Berenice» de Calímaco. El mal gusto contagia á los talentos más privilegiados; los escritores, encerrados en sus círculos refinados y aristocráticos, se desdeñan de escribir para el pueblo; el teatro de Plauto y de Terencio es dejado en lamentable olvido; y, resumiéndolo todo, la composición general se reduce al desarrollo de un tema trivial, por medio de un estilo recargado de adornos, de un sinnúmero de alusiones mitológicas y geográficas y de una versificación ingeniosa y sabia. Pero al lado de esto, ¡cuántas compensaciones! Gracias al Alejandrinismo surge en Roma el arte subjetivo: antes la personalidad del poeta no aparecía sino accidentalmente en su obra, consagrada enteramente á la gloria de la nación ó á la representación de una escena de la vida; ahora, al contrario, el amante de Lesbia, por ejemplo, deja su biografía en sus versos y se hace inmortal por la expresión cálida y sincera de sus propios sentimientos: amores y odios, tristezas y alegrías, decepciones y esperanzas. Gracias á él, también, la lengua se hace más flexible; la versificación se enriquece; la antigua rudeza y pesadez se tornan en vivacidad y elegancia; se eleva un culto á la forma. Gracias á él, finalmente, un espíritu nuevo anima á Roma entera: la independencia del artista es reconocida y respetada; la gloria literaria considerada y an-

helada como igual á la militar y la política. Lucrecio y Catulo son así poetas y nada más que poetas, y el historiador Salustio puede escribir al frente de una de sus obras: «Es bello servir á la República con sus actos; el bien decir no es tampoco digno de desdén. En la paz como en la guerra se puede ser ilustre, y hoy es tan alabado como quien realiza grandes acciones quien escribe las acciones de los otros» (1).

La civilización romana se halla, pues, en los tiempos de Cicerón, radicalmente transformada á influencia del Helenismo: por eso surge de ella, como su expresión más gloriosa, una vasta y espléndida literatura, destinada á recorrer en triunfo siglos y siglos. Acabamos de conocer el influjo que el Alejandrismo ejerció sobre la última; el del clasicismo antiguo no fué por eso menor. Marco Tulio, no obstante haber traducido al autor de los Fenómenos y los Pronósticos, solía sonreirse de las pretensiones de la nueva escuela: *O poetam egregium*, decía de Ennio, *quamquam ab his cantoribus Euphorionis contemnitur* (2). Pero por sus

(1) *De Conj. Cat.*, III: *Pulchrum est bene facere reipublicae; etiam bene dicere haud absurdum est; vel pace vel bello clarum fieri licet, et qui fecere, et qui facta aliorum scripsere, multi laudantur.*—V. también Cic., *Brut.*, LXXII.

(2) *Tusc.*, III, 19.—En una carta á Atico (VII, 2) se le escapa

clásicos ó por sus modernos, es siempre Grecia quien rige é informa todo el movimiento intelectual y artístico de la época. Dejemos por el momento de lado la gran parte que corresponde siempre, y especialmente ahora, á la originalidad romana (1). A pesar de ella, la literatura latina sigue siendo un reflejo poderoso, pero al fin reflejo, de la literatura griega. La admirable poesía de Catulo es hija del arte alejandrino; á Safo, á Arquíloco, al mismo Homero, debe también algunas bellas reminiscencias (2). El colosal poema de Lucrecio (3), con despreciar el aparato mitológico y el refinamiento pedantesco de su escuela, no por eso deja de pedir á Homero, á Empedocles y Eurípides muchas galas prestadas, y no es menos, en conjunto, una derivación de la poesía científica de Aratos y Nicandros, y una interpretación genial del epicureísmo griego. Sa-

un mal verso, y lo ofrece á su amigo para que lo venda á algún poeta de la joven generación: *hunc σπονδειαζοντα si cui voles τῶν νεωτέρων pro tuo vendita.*

(1) De intento guardamos silencio sobre ella en todo este capítulo, á fin de tratarla separadamente en la parte última de la obra.

(2) V. Couat, *Etude sur Catulle*, libro II, cap. II.

(3) V. las dos magníficas monografías: Martha, *Le Poème de Lucrèce*; Trezza, *Lucrezio*.

lustio (1), al transformar la antigua y seca crónica nacional en una obra de arte y filosofía, imita y calca á Tucídides. Cicerón, en fin, la más grande figura de su tiempo, es, por decirlo así, la encarnación viviente del genio helénico en el alma romana: creador de la prosa latina, admira y ama como nadie la lengua de la Héléda; orador perfecto, estudia y traduce á Demóstenes, y rivaliza con él; retórico insigne (2), populariza y acrece con sus finas experiencias las doctrinas de los Herma-goras y Molones, Apolodoros y Teodoros; filósofo encantador, revive en amplio eclecticismo y maravilloso estilo toda la sabiduría de los Griegos. El mismo reconoció altamente esta deuda honrosa de su espíritu, proclamando que «cuanto fué y alcanzó, lo debió al estudio que había hecho de la Grecia, en sus tradiciones y monumentos de su genio» (3).

Con la época de Augusto, á que llegamos ahora (724-791 de R.—30-37 a. y d. de J. C.), el escenario político y literario es distinto. La república espira en Filipos, el

(1) V. Charpentier, *Les Ecrivains latins de l'Empire*, III.

(2) V. Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, t. I, intr.

(3) *Ad. Quint.*, I, 1, 9: *...quae consecuti sumus, iis studiis et artibus esse adeptos, quae sint nobis Graeciae monumentis disciplinisque traditae.*

imperio nace en Accium, la libertad muere para siempre. Nada en apariencia ha cambiado (1); todo íntimamente experimenta una transformación profunda. A las tempestades de ayer una gran calma ha sucedido; un solo hombre gobierna el mundo; por todas partes se siente la presión de una fuerte unidad. La literatura sufre en seguida la influencia de su medio: surge en ella, por primera vez, el protectorado del estado, la institución de recompensas, concursos, tribunales oficiales destinados á estimular el movimiento intelectual. Los escritores son acogidos y agasajados por el emperador; el nombre de su ministro Mecenas se hace sinónimo de protector de las letras; y círculos como los de Asinio Polión y Mesala Corvino completan la acción oficial en la esfera privada. La actividad literaria, así favorecida, es intensísima: ella es, por otra parte, desde que la vida política ha sido suprimida de un golpe, el único refugio del ideal y de la gloria. La poesía, sobre todo, llega á su perfección; la literatura en general, á su madurez clásica. Las condiciones sociales de la época, el reposo é independencia que crea en todos

(1) La hipocresía en la política, en la religión, en las costumbres, es uno de los rasgos más peculiares de la época. V. Paul Albert, *Histoire de la Littérature Latine*, t. II, libro III, cap. I, § 1.

los espíritus un gobierno absorbente y regular, en medio de la inmensa necesidad de paz que experimentaba el pueblo romano tras los horrores y cataclismos de las guerras civiles, explican este resultado, siempre repetido, bajo las mismas circunstancias, en la historia literaria de todas las naciones. Equilibrio estable y fijo, sentimiento nacional fuerte y profundo, conciencia clara de su fin, extraordinarias cualidades de orden, regularidad, armonía, todo lo tuvo la literatura del siglo de Augusto, cuya perfección de formas, cuya majestad serena y triunfante nos muestran que el genio romano ha llegado á su insuperable plenitud (1). Pero ¡ah! todas estas mismas causas que han dado á las letras imperiales su clásica perfección, han puesto también á las mismas sobre la pendiente de una rápida decadencia. En la época de Cicerón, aunque todo estaba preparado para el gobierno de una sola cabeza y las formas del imperio se habían bosquejado ya en la dominación de Sila, en la tentativa de Catilina, en la dictadura de César, la elocuencia, la historia, la poesía misma, vibraban con supremos acentos de libertad. Ahora los tiempos han cambiado; y en el concierto de gloria que se eleva á los pies del César divinizado, no

✻

(1) Pichon, *op. cit.*, libro III, cap. V.

hay apenas una nota discordante. Sugestión ó servilismo, todos hacen la apoteosis del emperador; grandes espíritus como Horacio y Virgilio no se ven dispensados de dirigirle pomposas adulaciones. En los concursos poéticos no se canta sino su gloria, la de sus ministros, la de su familia, la de su reinado. La literatura, por decirlo así, se domestica, se hace oficial, palaciega. Ciertos géneros sólo tienen desde entonces una existencia precaria. La elocuencia, sin más escena que la de un senado servil ó la de un consejo de centumviros, se oculta en las escuelas, y allí, degenerada y corrompida en vacuas declamaciones, arrastra durante siglos su miserable agonía. La historia, fuera del caso particular de Tito Livio ó de los que evitaban prudentemente todo asunto contemporáneo, acalla sus convicciones ó pierde su dignidad. El escritor sabe de antemano que hay límites que no le es permitido franquear, so pena de ver reaparecer al triunviro inhumano en el Augusto clemente. Los que, como Timagenes, Ovidio, Labieno, no lo comprenden así, pagan cara su imprevisión ó su audacia. El favor ó desfavor del monarca: he aquí la suerte de las letras de la época; ellas ya no se dirigen á todo un pueblo, sino á una sola persona; serán serviles ó no existirán. En suma, la literatura del siglo de Augusto es, en muchos sentidos, admirable, á las veces sublime y siempre clásica; pero, bien lo dice

Schanz, «le faltaba lo que el aire y la luz son para las plantas, le faltaba la libertad» (1).

Las letras bajo el imperio y bajo la república, ofrecen, pues, caracteres muy distintos. Empero, la influencia helénica no varía; y, en este sentido, la época de Augusto constituye un complemento de la de Cicerón. Roma es siempre, y aún más ahora, el centro de atracción de los profesores y literatos griegos de todos los países; los viajes á Grecia siguen siendo una necesidad intelectual y una moda elegante; el uso de la lengua helénica se extiende cada vez más, ya como el requisito indispensable de la diplomacia, ya como un adorno espiritual de la sociedad distinguida; la industria de librería, abaratando las ediciones, multiplicando, hasta en provincia, sus almacenes y talleres, alcanza un desarrollo muy considerable; las bibliotecas, todas particulares en el período anterior, no obstante la iniciativa de Julio César, se abren hoy gratuitamente al público, como la de Polión y la Palatina, y dan vivo y benéfico impulso, especialmente con sus libros griegos, á la actividad literaria que agita á todos los espíritus. ¿Qué hay ya aquí del viejo carácter romano que cifraba su ideal en la labranza de la tierra y en la fuerza bruta del soldado? «Pueblo ligero, ex-

(1) *Geschichte der Römischen Litteratur*, t. II, § 206.

clamaba Horacio: hoy todo en él es distinto; la manía de escribir le devora; jóvenes, ancianos, austeros, ya no cenan sin flores en la frente y versos en los labios»:

«Mutavit mentem populus levis et calet uno
scribendi studio; pueri, patresque severi
fronde comas vincti cenant et carmina dictant» (1).

Grecia siempre, bien lo sabemos, es la causa eficiente de esta grandiosa transformación que hemos seguido en sus diferentes fases y cuyo desenlace final tocamos ahora en los presentes tiempos. La época de Augusto, con ser la edad de oro de la literatura latina, es también la más griega de toda ella (2). El Alejandrino impera todavía en los poetas elegíacos, en Tibulo, Propertio, Ovidio y otros menos importantes: Calímaco y Filetao son sus modelos predilectos (3). Tito Livio, inspirado por los más grandes historiadores griegos, hace de sus «Décadas», si no un libro de crítica como nosotros modernos exigimos, una espléndida obra de arte, digna de la grandeza de Roma (4). Horacio imita y traduce en sus odas infinito

(1) *Ep.*, II, 1, 108-110.

(2) V. la nota 3 de la pág. 54.

(3) V. Sellar, *The Roman Poets of the Augustan Age*, «The elegiac poets», cap. I-V.

(4) V. Taine, *Essai sur Tite Live*.

número de pasajes de Alceo, Píndaro, Arquíloco, Anacreonte, Estesícoro, Alcmeon (1), llevando del arte helénico al latino, la perfección suprema de la forma lírica (2). Virgilio en sus Bucólicas es un discípulo de Teócrito, á quien imita en el asunto, en el estilo, en la versificación, y de quien traduce á menudo versos enteros (3); en las Geórgicas, su obra en conjunto más admirable y madura, mucho debe también á sus antecesores griegos Hesíodo, Nicandro y Arato; en la Eneida, en fin, resume en un solo argumento la Ilíada y la Odisea de Homero (4), siguiendo muy de cerca los pasos de la epopeya helénica, y acertando, sin embargo, con su genio maravilloso, la majestad constante de su estilo y la intensidad de su sentimiento nacional, á levantar un monumento altamente romano.

Poco diremos acerca de la influencia del Helenismo durante la larga época que se extiende desde la termi-

(1) Sellar, *ibid.* «Horace», cap. V y VI.

(2) V. Caro (M. A.), *Observaciones sobre la poesía horaciana*, en Menéndez y Pelayo, *Horacio en España*, t. II, págs. 371-415.—*Ibidem*, «utilologo», págs. 355-371.

(3) V. Cartault, *Etude sur les Bucoliques de Virgile*.

(4) Eichhoff dedicó tres volúmenes á la comparación de Virgilio con todos sus modelos griegos: *Etudes grecques sur Virgile* (París, 1825).

nación del llamado siglo de Augusto hasta la desaparición de las letras latinas en la Edad Media. El despotismo monstruoso de los emperadores, la espantosa corrupción de las costumbres y el informe cosmopolitismo que invade á la *magna Urbs*, llevan poco á poco á la literatura romana hacia el abismo de su vergonzosa decadencia. El nombre de Tácito, que se alza como una columna solitaria en medio de los escombros del gran edificio derruido, no basta á desautorizar esta palabra (1). La lengua se corrompe y pervierte en el preciosismo y el énfasis; todo carácter nacional tiende á desaparecer; se apodera del arte un espíritu de frivolidad y cansancio. De los diferentes géneros literarios que fueron la gloria de Roma, poco queda: sólo la erudición pedantesca y estéril halla el ambiente propicio para extender su imperio. La poesía lanza sus últimos resplandores y se reduce á simples ejercicios de retórica; la elocuencia y la historia, disueltas en las declamaciones de las escuelas ó envilecidas en el bajo panegírico de los Cé-

(1) No negamos, sin embargo que la decadencia se manifiesta en períodos marcados y progresivos y que, conforme á éstos, la época presente debería ser subdividida, á los efectos de un detenido estudio. Para nuestro objeto, empero, lo juzgamos innecesario,

res, se deshacen lentamente como un fruto putrefacto.

Sobre esta literatura que, aunque enferma y moribunda, tuvo una fecundidad digna de mejor suerte, la influencia helénica persiste. Poco original, ella vive de la imitación de los propios modelos clásicos latinos, y de allí indirectamente de los griegos. Silio Itálico se inspira así en Virgilio, Estacio en el mismo y en Ovidio, Plinio y Quintiliano en Cicerón, etc. La influencia directa de Grecia no por eso deja de hacerse sentir. El autor de las «Púnicas» demuestra conocer muy bien á Homero y á Hesíodo; el brillante favorito de Domiciano pide á Antímaco el asunto de su «Tebaida» y á la Ilíada, el de su «Aquileida»; Valerio Flaco imita á Apolonio de Rodas en sus Argonáuticas; Séneca, á Esquilo, Sófocles y Eurípides en sus tragedias de escuela. Hacia los tiempos de Adriano, la literatura griega contemporánea vuelve á alcanzar una vasta supremacía intelectual. Griegos de la talla de Plutarco, Apiano, Arriano, Filón de Biblos, Luciano, dan el ejemplo de sus grandes méritos literarios; los neo-sofistas fundan en Roma lo que hoy llamaríamos una «facultad de letras»; el ilustre historiador de las «Vidas paralelas» abre en la misma capital un curso de moral que profesa en su idioma materno, con gran aplauso de los Romanos; y el abandono por parte de éstos, parcial ó completo, de la lengua latina, para

escribir en griego, se reproduce con frecuencia vulgar y sobrevive á los últimos días del imperio.

El Helenismo, pues, desde los tiempos de Livio Andrónico á los de Casiodoro y de Boecio, no ha cesado un punto de ejercer sobre el desarrollo de la literatura latina su influencia saludable y profunda. En todas sus manifestaciones, en todas sus épocas, acabamos de ver en el genio romano la acción directa y eficaz del genio griego. Educación, costumbres, religión, poesía dramática, épica, lírica, elocuencia, historia, retórica, filosofía, ciencias, todo,—todo lo debe Roma á aquel pueblo sin igual cuya civilización iluminó su mente, humanizó sus conquistas, glorificó su historia é inmortalizó á sus artes:

«La muse des Latins, c'est de la Grèce encore;
Son miel est pris des fleurs que l'autre fit éclore... (1)»

Pero en esta helenización completa del espíritu y el arte romano, ¿no hay nada propio? ¿En ella nada se reserva la originalidad nacional? ¿Cuál es el carácter general, cuáles los resultados, las consecuencias de este gran movimiento literario de la antigüedad?— He aquí lo que pasamos á estudiar brevemente en el último capítulo de este modesto trabajo.

(1) Sainte Beuve, *Pensées d'Août*.

CAPÍTULO V

INFLUENCIA GENERAL DEL HELENISMO SOBRE LA LITERATURA LATINA

No insistiremos de nuevo sobre los inapreciables servicios que Roma y su literatura deben á la influencia del Helenismo. Ello, de cuanto hemos escrito hasta las presentes páginas, se desprende con la evidencia de un axioma. Lo hemos dicho ya y podemos repetirlo ahora con la firmeza que inspira un hecho plenamente confirmado: sin literatura griega no existiría literatura latina. El desenvolvimiento entero de esta última, el estudio del carácter romano y de las condiciones sociales de la vida primitiva del pueblo rey, nos lo han demostrado con convincente elocuencia.

Es cierto, sin embargo, que si Roma antes del Helenismo ha carecido de una «literatura» en el recto sentido de la palabra, poseyó, empero, indicios rudimentarios, gérmenes latentes de producción intelectual; y

cierto que estos convenientemente madurados y desarrollados, hubieran podido terminar como en Grecia en un variado florecimiento literario. De los cantos religiosos hubiera podido brotar la poesía lírica; de los versos laudatorios en honor de los antepasados, la poesía épica; de las fiestas campestres, como del coro ditirámico griego, la poesía dramática. Ahora bien: tales gérmenes abandonados á su propia suerte y al genio exclusivo del pueblo romano, ¿hubieran podido en lo sucesivo dar comienzo á su evolución espontánea y, á no mediar la influencia griega, constituir, en último término, una literatura verdaderamente nacional? No han faltado historiadores que respondiesen afirmativamente á esta pregunta, asignando una obra totalmente perjudicial á la invasión del Helenismo. Ello es, sin embargo, una hipótesis gratuita que la razón rechaza. Este sólo argumento, que ya hemos recordado, es concluyente: dichos rudimentos durante cinco siglos no han pasado de tales ni han realizado el menor progreso. Conteniendo en potencia todos los géneros, ninguno de éstos se organiza: inmóviles fórmulas litúrgicas, prosaicas colecciones de títulos, crudos esbozos dialogados destituídos de todo arte, he aquí á lo que se reducen la lírica, la épica y la dramática; por lo demás, el instinto burlesco, el respeto de lo pasado, el espíritu de discusión apenas nos hacen

escuchar los primeros vagidos de la sátira, la historia, la elocuencia. Hemos estudiado con paciente desinterés cuantos fragmentos y noticias conservamos todavía de la vida intelectual de esta época remota, los hemos analizado á todos (1), y, aun en aquellos que están más en armonía con el genio nacional, no hemos podido encontrar un solo rasgo, una sola aspiración que nos induzca á pensar en el advenimiento posible de un arte futuro. ¿Cómo, por lo tanto, suponer á Roma, máxime conociendo su índole privativa y las condiciones de su existencia primera, apta para la creación de una literatura autóctona? De ninguna manera: el pueblo romano carecía en absoluto de esa aptitud que él mismo no se reconocía; las influencias físicas y sociales, que apartándole tanto de las cualidades de su origen, habían formado su carácter propio, lo habían determinado así fatalmente. Abandonada á sí misma, la estrecha cultura original se habría petrificado indefinidamente en sus rudimentos primitivos, se habría extendido quizá con las conquistas romanas y, finalmente, como los toscos productos de las otras poblaciones itálicas, habría perecido sin dejar huella alguna de su

(1) Los estrechos límites que hemos impuesto á nuestra tesis, no nos han permitido dar cabida á este estudio en otra forma que la de una breve reseña. V. cap. II, págs. 18-20.

existencia. ¿Tal sería el destino del pueblo que debía conquistar al mundo con sus ejércitos y sus leyes? No: él necesitaba elevar su mente á la altura de su fortuna é imponer una civilización más amplia á la humanidad. ¿Cómo? Grecia estaba allí: ella puso la idea, Roma, la acción.

De este punto de vista, pues, el pueblo rey no debió á la influencia helénica sino una serie de incalculables beneficios. Condenado por su espíritu estrecho y utilitario á carecer en su pasado y en su porvenir de todas las galas del arte, de todas las conquistas de la ciencia, gracias á ella puede ahora crear una de las literaturas más brillantes de todos los tiempos. Roma había surgido á la historia con excelencias intelectuales de primer orden:—precisión, sobriedad, claridad luminosa;—pero le faltaba la concepción del ideal y el sentido de la belleza, cualidades llamadas á la vida nuevamente, por el pueblo griego, del letargo secular en que se hallaban adormecidas (1). ¿Quién no recuerda las admirables palabras que Cicerón dejó escritas sobre el amor de las letras en su oración en favor del poeta Archías: «Los otros placeres, decía, no son ni de todas las horas, ni de todas las edades, ni de todos los lugares. En cambio estos estudios son el alimento

(1) V. Cap. III, págs. 32-36.

de la juventud y el encanto de la vejez, el ornamento de la felicidad y el refugio y consuelo de la desgracia. Ellos nos deleitan en nuestras casas y no nos estorban en público, velan con nosotros por la noche, viajan con nosotros, nos acompañan al campo...» (1). He aquí el genio de la Grecia que ha refinado el alma latina, que ha hecho á Roma capaz de producir un Cicerón, un Horacio, un Virgilio.

Desgraciadamente la influencia del Helenismo sobre la literatura romana no podía ser benéfica en todo, y ofrecía, en gran parte, un carácter destructivo. No hablemos de su acción sobre la religión y las costumbres, ya como escuela de escepticismo ó libre pensamiento, ya como fomentadora del olvido de las virtudes cívicas por los ocios de una vida muelle y regalada. Recordemos solamente, del punto de vista literario, que el pueblo romano, al aceptar la cultura griega y la imposición de un modelo perfecto, hacía entrega necesaria de su originalidad nativa é imponía á su arte un principio de manifiesta inferioridad.

(1) *Pro Arch.*, VII. *Nam ceterae neque temporum sunt, neque aetatum omnium, neque locorum: haec studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant; secundas res ornant, adversis perfugium ac solatium praebent; delectant domi, non impediunt foris; pernoctant nobiscum, peregrinantur, rusticantur.*

En primer lugar, los rudimentos literarios, de que hemos hablado, elaborados piadosamente en los primeros siglos, desaparecen condenados á una muerte segura (1). Es verdad que ellos eran por extremo toscos y primitivos; pero en cambio poseían un mérito singular que debemos reconocer lealmente y que en cierto sentido los hacían superiores á las importaciones refinadas de la literatura romano-helénica que nacía: esto es, ellos eran originales y romanos; eran todavía el producto espontáneo y genuino de la cultura nacional. Recordad las cualidades ingénitas del pueblo rey y las veréis fielmente reflejadas en estas humildes tentativas literarias: el espíritu calculador y positivo, en el himno ritual; el culto de la familia, en los cantos convivales; el humor festivo, en las canciones y diálogos de la poesía popular; la disciplina y el orden, en los primeros y clásicos monumentos jurídicos; el respeto á la tradición, en los infinitos documentos de la crónica; el amor á la patria, en las inscripciones, en las tablas triunfales, en la palabra ruda y concisa del Foro ó del Senado.

Con la invasión del Helenismo todo esto se extingue para no renacer. Lo nacional, lo castizo, lo ver-

(1) «Littérature mort-née», dice con propiedad Letourneau: *L'évolution littéraire*, cap. XVI, § 4.

daderamente propio, es poco á poco olvidado y sustituido por la adopción formal y completa de una cultura exótica. Se nos dirá, con nuestras propias palabras, que dichas tentativas eran muy groseras al lado de las brillantes creaciones del genio griego á que cedían su puesto. Así, en efecto, lo hemos sostenido abiertamente; pero de la armonía de ambas, de la fusión del elemento nacional y del extranjero, ¡qué original partido no habría podido sacar la literatura romana! Así, por ejemplo, la poesía dramática hubiera florecido por medio de un artístico desarrollo de las farsas populares presidido por el estudio del teatro griego; la historia, uniendo al arte de los Helenos la erudición sabia y la comprobación fehaciente de los documentos nacionales, se hubiera acercado á su verdadero carácter. Tal fusión, empero, nunca se efectuó, salvo en pequeñísima parte. El genio helénico se impuso al romano despóticamente: como la influencia clásica en la literatura francesa del siglo de Luis XIV, la cultura griega entre los Romanos borra, casi por completo, la propia tradición y el propio genio. No es esto negar, como veremos pronto, la originalidad romana, que no cedió muchas veces sus derechos ni aún en la más ceñidas imitaciones del griego; pero ella literariamente no existe más que como espíritu que anima á una forma extraña. La literatu-

ra definitiva de Roma no surge, pues, como en Grecia, y como sus propias tentativas prehistóricas, de las mismas entrañas populares; obedece á un impulso artificial y carece de hondas raíces nacionales. El Helenismo debió ser como un sol que madurara con sus rayos fecundantes y generosos los gérmenes que palpitaban dentro de la propia tierra romana. No sucedió así desgraciadamente, y la nueva literatura no es sino una planta griega cuidadosamente trasladada y cultivada á orillas del Tíber.

De aquí fluyen, naturalmente, las más graves deficiencias de la literatura latina. Importada y no indígena, ésta presentará siempre un aspecto facticio, producto de una imitación cultivada, no de un arte creador. Flor exótica criada al calor artificial del invernáculo, no tendrá la frescura y los perfumes de una existencia espontánea. Imitada reflexivamente de un arte en pleno desarrollo y perfección, por autores en un principio extranjeros, griegos ó cuasi griegos, después en su mayoría por italianos y no romanos, no gozará tampoco de las auras de la popularidad y será el privilegio erudito de un limitado círculo de elegidos, en medio de la indiferencia de una plebe vulgar y grosera. Ella no es, pues, como el arte griego, la expresión irrefrenable y pura de una necesidad nacional; es, en su momento inicial, un movimiento de gra-

máticos y pedagogos que aspiran á arraigar en su patria de adopción las ventajas positivas de una cultura intelectual. Por eso en Roma las letras no nacen, se desenvuelven y renuevan, como en Grecia, de un modo regular y rigurosamente encadenado: en aquélla, poesía épica, dramática, didáctica, lírica, todo surge al mismo tiempo en una forma improvisada y fortuita (1), sin adaptarse á las diferentes fases de la vida social. La literatura romana poco se preocupa de esto: ella vive casi exclusivamente de la imitación. Todos los géneros y todos los metros griegos reaparecen en lengua latina, salvo leves modificaciones, con todos sus caracteres originales; las reminiscencias artísticas, las traducciones literales ó parciales en las obras más indiscutibles son, como se ha visto, infinitas (2); el estilo en general y la lengua reciben del estudio incesante de sus inevitables modelos, una estructura declaradamente extranjera; por fin, hasta los asuntos de inspiración y los medios de su desarrollo, no se libran de este exotismo tiránico que hace de la misma Eneida una construcción convencional y un sistema de maquinaciones mitológicas, adorno natural de las ingenuas creaciones de «la

(1) V. Patin, *Etudes sur la poésie latine*. t. I, part. I, cap. I.

(2) Capítulo IV.

serena juventud del mundo (1)», pero impropias de una edad escéptica y refinada que no creía ya en las hermosas fábulas del politeísmo antiguo. Imitación, pues, en las formas, en la dicción, en la substancia, en los medios, tal es la suerte que ha tocado á las letras romanas. De ahí, en gran parte, su falta de interés personal, de actividad libre, de vida propia, reveladores de una nueva faz del espíritu humano. Reproducción del arte griego, el de Roma, al lado de él produce á Mommsen «el efecto de un naranjal de Alemania comparado á un bosque de naranjos nativos de Sicilia (2)». La literatura helénica, nos atrevemos á agregar nosotros, es el astro que brilla con luz propia; la literatura latina, el satélite que gira en torno suyo y de él recibe el resplandor que refleja.

¿Quiere esto decir que la originalidad romana no existe en absoluto? Sin duda que al arte latino no pueden aplicarse aquellas palabras del poeta de la Odisea:

Ἄυτοδίδακτος δ' εἰμί· θεός δ' ἐ μοι ἐν φρεσὶν οἶμας
ναντοίας ἐνέφυσεν· (3).

(1) Menéndez y Pelayo, *Odas, Epístolas y Tragedias* «Nueva primavera».

(2) *Romische Geschichte*, t. II, libro III, cap. XIV.

(3) Hom., *Od.*, XXII, 347-348.

ni pensamos desdecirnos en nada de lo anterior, ni pretendemos tampoco conciliar lo imposible. Sin embargo, aunque imitativa y no creadora, la literatura latina es el producto intelectual de una nueva raza, de una nueva lengua, de un nuevo momento histórico; y estas circunstancias, aún á despecho de la imitación más exclusiva, no podían menos de dejar su sello y su huella sobre el arte que nacía en su seno. Por otra parte, muchas veces se puede ser original dentro de los dominios de la misma imitación: la historia universal de la literatura lo comprueba con copiosa profusión de ejemplos (1). Cuando un Virgilio puede escribir sus Geórgicas y un Horacio sus Odas, llamarles imitadores es casi una blasfemia. Ellos han vuelto á pensar lo ajeno y lo han hecho suyo asimilándolo á su propia substancia; han visto en la apropiación del arte helénico más un medio que un fin. A este respecto existe un progreso bien marcado en las diferentes épocas del desarrollo literario latino: en los tiempos arcaicos, Livio Andrónico, Nevio, Ennio, Pacuvio, Plauto y Terencio aún, son imitadores rastreros, esclavos hasta de los defectos de las letras griegas; en el siglo de Cicerón y de Augusto, los escritores síguense inspirando

(1) V. Valera, *Disertaciones y juicios literarios*. «La originalidad y el plagio.»

en las mismas fuentes, pero llegan á rivalizar con sus propios maestros en la perfección de las formas y la alteza de la inspiración. Hay entre ambas épocas la diferencia que separa el calco servil de la imitación libre y personal.

He aquí, más ó menos, todo lo que la originalidad romana puede reclamar en favor de la «forma» de su arte. En cambio, si esta forma sigue siendo substancialmente griega, hay casi siempre un fuerte espíritu romano que la anima y la caracteriza. La vieja alma latina no ha muerto: sus dos cualidades más dominantes, esto es, la tendencia práctica y el patriotismo, subsisten, imperan y dan á toda esta literatura de imitación cuanto ella tiene de original y glorioso. Por esto, en primer lugar, los géneros literarios y demás disciplinas intelectuales que alcanzan en Roma un desarrollo independiente y nacional, son aquellos aplicables en mayor escala á las necesidades públicas ó á la esfera puramente útil. Así los romanos triunfan en el derecho; de las ciencias, aceptan solamente las aplicaciones materiales; de la filosofía, sólo la moral es originalmente cultivada y reducida á códigos de deberes; en el campo de las letras, la producción «isagógica» reúne una infinidad de obreros laboriosos; la sátira, si no desconocida de los Griegos, recibe un marco distinto; por fin, la historia y la elocuencia hacen escuchar

acentos que no morirán. El genio romano se halla aquí más cómodamente, en un terreno que le es familiar y propio; por eso, en él, la influencia griega no hace sino vivificarle y subordinar su originalidad al concepto de la belleza.

El sentimiento nacional y patriótico hace igualmente de la literatura latina el heredero viviente, no la reproducción inanimada del genio griego. En todos los pueblos, el amor á la patria ha inspirado á sus hijos actos de heroísmo, páginas literarias y obras de arte que imponen la admiración; pero es en Roma, entre todos los pueblos de la antigüedad, en donde debemos buscar el verdadero patriotismo. El patriotismo romano era una verdadera religión: de Roma, se hizo una diosa, *Dea Roma*; se le dió un genio, *Fortuna populi romani*, y se creyó con fe ciega en su eternidad. Como se comprende, este sentimiento gigantesco que palpita- ba dondequiera no podía menos de ejercer sobre el arte una influencia avasalladora y fecunda. Ya desde los tiempos de Nevio y Ennio, los poetas se sentían estimulados á perpetuar en sus cantos la memoria de Roma; en la época de Cicerón, el grande orador dejaba, en ejemplos sublimes y en grandilocuente palabra, todo cuanto podía inspirar á una alma generosa el culto de la patria; más tarde Tito Livio escribía en sus *Décadas*, más que una historia, una epopeya; Virgilio en

su Eneida modelaba aquellos hexámetros inmortales que están en todas las memorias; Horacio se alzaba, sobre su epicureísmo y su ironía, á celebrar la majestad del imperio y las virtudes heroicas de los más puros tipos del carácter romano; los mismos poetas eróticos olvidaban el tono de sus lánguidas y sensuales inspiraciones al recuerdo de las glorias nacionales cuando un Ovidio escribía sus *Fastos* y un Propercio el libro IV de sus elegías; por fin, hasta cuando las fronteras del imperio caían ya bajo las hordas de los Bárbaros, extranjeros romanizados, como Rutilio y Claudiano, entonaban todavía á su Roma agonizante, conmovedores himnos de gloria. He aquí por qué la literatura latina no es puramente griega y puede llamarse propiamente literatura romana. De aquí también, ese carácter de gravedad, grandeza, majestad que la distingue y le da cierto aspecto peculiar é inconfundible. Así, «si ya no nos sentimos movidos, escribe un eximio humanista inglés de nuestro tiempo, por las esperanzas ansiosas y las fantasías flexibles de la joven primavera del mundo antiguo, parece como que recogiéramos, con más templada simpatía, los frutos de su experiencia madura y reflexión sazónada» (1).

(1) Sellar, *The Roman Poets of the Republic*, Cap. I.

El genio griego y el romano concurren, pues, por primera vez á nuestros ojos, á constituir una entidad nueva y distinta. Es cierto, como sabemos ya, que en el orden literario esta fusión no pudo ser perfecta por ineludible predominio del elemento extranjero. Empero, en las otras fases de la vida social ella se realiza de un modo completo. Surge una nueva civilización, que no es puramente griega, porque tiene fuerza expansiva para imponerse á todos los pueblos; que no es tampoco puramente romana, porque en cambio de la libertad entrega á los pueblos conquistados los beneficios de una cultura amplia y luminosa. Los dos pueblos ganaron con esta nueva hermandad. Roma, gracias á Grecia, pudo gloriarse de una gran literatura, poco original, lo repetimos, pero la única que le fué dado poseer; Grecia, gracias á Roma, no limitó su influencia á los estrechos límites de su dominación política y, conducida en el carro triunfal de sus vencedores, invadió al mundo entero.

Grecia y Roma forman, pues, una verdadera dualidad histórica. Una es inseparable de la otra, ambas se implican mutuamente como los términos de una proporción matemática. Sus respectivas literaturas ofrecen un paralelismo semejante. Así, si el arte romano no existiría sin el griego; en cambio, el primero es el víncu-

lo intelectual, «el puente literario que une al Helenismo con el mundo moderno» (1). He allí el secreto de su influencia en los siglos.

Admitida:

E. GARCIA MÉROU.
Rafael Castillo,
Secretario.

(1) Shanz, *Geschichte der Römischen Litteratur*, t. I, § 5.

PROPOSICIONES ACCESORIAS

I

La métrica neo-clásica en las lenguas y literaturas modernas.

II

El sentimiento de la naturaleza en la literatura hispano-americana.

III

La expresión musical: su alcance subyectivo y objetivo.

ÍNDICE

CAPÍTULO I

DIFUSIÓN DEL HELENISMO EN LA ANTIGÜEDAD

- Difusión por Oriente.—Difusión por Occidente.—Misión de Roma.—Asimilación romana de la civilización griega.—Aspecto literario de este movimiento histórico.— Objeto y plan de la obra..... 5-10

CAPÍTULO II

NECESIDAD HISTÓRICA DEL HELENISMO EN ROMA

- Caracteres generales del pueblo griego: espontaneidad de su literatura.—Caracteres generales del pueblo romano: su incapacidad artística.—La producción literaria de Roma antes del Helenismo.—Conclusión..... 11-22

CAPÍTULO III

ANTECEDENTES Y ORÍGENES DEL HELENISMO EN ROMA

- ¿Cómo se produce la invasión de la civilización griega?— Origen común de Griegos y Romanos, primer antecedente.—Relaciones remotas de ambos pueblos: época de los reyes.—Mitad del siglo III y siglo IV de Roma: multiplicación de las influencias helénicas.—Siglo V: contacto diario de ambas civilizaciones.—Conclusión: los cinco primeros siglos de la historia romana son solamente un período de preparación del Helenismo..... 23-43

CAPÍTULO IV

LA INFLUENCIA HELÉNICA Y LA LITERATURA LATINA: SU PARALELISMO HISTÓRICO

Nacimiento de la literatura en Roma á imitación de la Grecia.—El siglo vi: los primeros escritores latinos.—Reacción romana contra el Helenismo: Catón.—El siglo vii: continuación del movimiento helenista del siglo anterior.—Epoca de Cicerón: completo predominio de la tendencia helénica; el Alejandrismo y su influencia; principales escritores y sus modelos griegos.—Siglo de Augusto: complemento de la época precedente.—Período de la decadencia: nueva supremacía de la literatura griega contemporánea en la época de Adriano.—Conclusión: el Helenismo preside al desarrollo entero de la literatura latina..... 45-79

CAPÍTULO V

INFLUENCIA GENERAL DEL HELENISMO SOBRE LA LITERATURA LATINA

Influencia benéfica del Helenismo sobre el arte romano: sin literatura griega no existiría literatura latina.—Carácter en parte destructivo y exclusivo de la influencia helénica: consecuencias que de ello se derivan: aspecto facticio de la literatura romana; imitación cultivada, no arte creador.—Originalidad romana: tendencia práctica, sentimiento nacional.—La literatura latina puente que une al Helenismo con el mundo moderno..... 81-96

TESIS0431B1



193198

